

COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**



# EL CAFÉ DE LAS FLORES

Edición de Berta Muñoz

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “El café de las flores”:  
Berta Muñoz Cáliz.

## EL CAFÉ DE LAS FLORES

COMEDIA EN TRES ACTOS

Esta comedia se estrenó en el Teatro Reina Victoria, de Madrid, la noche del 9 de octubre de 1953, con el siguiente

## REPARTO

<i>Laura</i> .....	TINA GASCÓ
<i>Marta</i> .....	ANTONIA MÁS
<i>Cris</i> .....	VICTORIA RODRÍGUEZ <sup>1</sup>
<i>Rita</i> .....	CONCHITA SARABIA
<i>Una Muchacha</i> .....	LOLITA GÓMEZ
<i>César</i> .....	CARLOS CASARAVILLA
<i>Gonzalo</i> .....	JUAN CORTÉS
<i>El Señor Pepe</i> .....	JULIO SANJUÁN
<i>El Chico</i> .....	ARTURO GONZÁLEZ
<i>Un Muchacho</i> .....	AGUSTÍN GONZÁLEZ

DECORADOS: Emilio Burgos

DIRECCIÓN: Fernando Granada

---

1 Victoria Rodríguez contrajo matrimonio con Antonio Buero Vallejo en 1959.

## ACTO PRIMERO

Es de noche. Una suave madrugada de los primeros días del verano. La terraza de un café instalada entre los árboles viejos de un paseo público. La fachada del café se pierde allá, en la oscuridad, muy a lo lejos. Solo unas lucecitas lejanas, puntos luminosos en la penumbra que lo inunda todo, dan la sensación de un fondo confuso. Varias pequeñas mesitas, con sus mantelitos de distintos colores, están distribuidas de un modo irregular. A la izquierda –espectador– y, casi en primer término, hay un par de mesitas. A la derecha, pero más hacia el fondo, otras dos o tres mesitas. Una sola, aislada, en el centro. Cada una de las mesitas tiene en torno dos o tres butacas de mimbre. Algún pequeño toldo rectangular, o en forma de sombrilla, a rayas verdes y blancas. Un farol, a la derecha, en primer término. De las ramas de los árboles cuelgan, por aquí y por allá, algunas diminutas bombillas de diversos colores: rojas, verdes, azules...

*(Cuando se levanta el telón, junto a una mesa de la zona de la izquierda, en primer término, está sentado César. Un raro individuo de poco más de cuarenta años, cuyo aspecto denota una mezcla confusa de bohemio y de gran señor. Estos matices de la personalidad de César no se perciben, de momento, por la particular postura que mantiene nuestro personaje: bien repantingado en una butaca, con los pies descansando en otra, se ha echado el sombrero sobre los ojos de modo que casi le oculta el rostro; tiene las manos en los bolsillos y, por su absoluta inmovilidad, parece que duerme. Muy lejos de César, al otro lado, en las sombras que rodean las mesitas de la derecha, está Marta. Es una mujer joven que viste como una de esas empleadas que visten bien; está sentada sola junto a una mesita. A su lado, en el suelo, descansa un maletín de viaje. Durante unos segundos, después de alzarse el telón, llega hasta aquí la melodía de moda que toca la orquestina de una «boîte» próxima. Cesa la música y, casi a continuación, se apagan las lucecitas de colores que penden de los árboles. Un gran silencio. Es ese silencio que, a ratos, en la madrugada, envuelve a toda la gran ciudad... Al fin, por la derecha, llegan el Muchacho y la Muchacha. Son dos jóvenes que, cogidos del brazo, caminan muy juntos y muy despacio; ambos tienen un acusadísimo y casi tierno aire provinciano. Él lleva, con*

*notable galanura ciertamente, un viejísimo sombrero de paja de los que se usaban en 1925. Vienen en actitud de curiosarlo todo con muchísima atención. Al llegar a la solitaria mesita del centro se miran muy risueños y, con un mudo guiño de complicidad, se sientan muy satisfechos. Al unísono, giran las cabezas en torno. De pronto, la Muchacha, casi en éxtasis, se vuelve hacia el Muchacho)*

MUCHACHA.—¡Hay que ver!

MUCHACHO.—¿Cómo?

MUCHACHA.—¡Hay que ver lo divertido que es Madrid de noche!

MUCHACHO.—(Convenidísimo) Mucho, mucho.

MUCHACHA.—(Con enorme entusiasmo) Pero ¿te das cuenta? ¿Eh? ¿Te das cuenta?

MUCHACHO.—¡Digo! Como que no me pierdo un detalle. Ahora veo que tenía razón mi padre. Aquí, en Madrid, la gente no piensa más que en divertirse...

MUCHACHA.—¿Estás seguro de que este es «El Café de las Flores»?

MUCHACHO.—¡Segurísimo! Lo he visto en la «Guía». Aquí vienen muchos estudiantes y artistas y parejas de novios... Gente muy alegre. ¿Sabes?

MUCHACHA.—¡Ay, lo que nos vamos a divertir!

MUCHACHO.—Mucho, mucho...

*(El Muchacho, muy decidido, da unas enérgicas palmadas llamando al Camarero. En el acto, César, como movido por un resorte, sin levantarse, se vuelve hacia la pareja irridadísimo)*

CÉSAR.—¡Silencio!

*(El Muchacho y la Muchacha, muy asustados, se ponen en pie casi de un brinco)*

MUCHACHA.—¡Ay!

MUCHACHO.—¡Caballero!

CÉSAR.—¿Qué escándalo es este? ¿No saben ustedes la hora que es?

MUCHACHO.—Sí... Sí, señor.

CÉSAR.—Ya han cerrado el café. Se han ido los camareros... ¡No alboroten!

MUCHACHO.—(Muy azarado)<sup>2</sup> ¡No, señor! Usted disculpe.

---

2 Alfíl: azorado

*(César los mira con indignada altanería, se cubre de nuevo la cara con el sombrero, recupera su primitiva postura y trata de dormir. El Muchacho y la Muchacha se sientan otra vez y se miran muy confusos. Ella se abanica. Él también se abanica con su sombrero)*

MUCHACHA.—¡Je!

MUCHACHO.—¡Je!

MUCHACHA.—¡Qué calor!

MUCHACHO.—¡Mucho! Mucho calor.

*(De pronto, procedente de la izquierda, se oye un largo silbido. E inmediatamente, cruza la escena, por el primer término, de izquierda a derecha, corriendo como una exhalación, el Chico. Es un muchacho de unos diecisiete o dieciocho años. Un golfo nocturno, sin atenuantes. El Muchacho y la Muchacha, sobresaltadísimos, le contemplan atónitos hasta que desaparece)*

MUCHACHA.—¡Ayyy!

MUCHACHO.—¿Te... te has asustado?

MUCHACHA.—Yo no. ¿Y tú?

MUCHACHO.—Un poquito.

MUCHACHA.—¡Je!

MUCHACHO.—¡Je!

*(Se miran. Se callan. Se abanican. Otro silbido mayor que el anterior, que ahora viene de la derecha. Los Muchachos se ponen en pie, más asustados todavía. Surge otra vez el Chico, que cruza corriendo a una velocidad increíble, ahora de derecha a izquierda. Desaparece. Los Muchachos se miran en la mayor de las confusiones. Después, en silencio, se miran, se sientan otra vez y se abanican)*

MUCHACHA.—¡Je!

MUCHACHO.—¡Je!

MUCHACHA.—*(Muy bajito)* Te advierto que si yo tenía tantas ganas porque nos casáramos era, precisamente, para venir a Madrid en viaje de novios y hacer vida nocturna...

MUCHACHO.—(*Un suspiro*) No me choca. Las mujeres os casáis para correr aventuras y ponerle a uno en cada compromiso... Pues, para que lo sepas: yo soy muy corto.

MUCHACHA.—(*Generosamente*) Bueno. Pero yendo conmigo, no tienes nada que temer...

MUCHACHO.—(*Con evidente consuelo*) Eso me dijo tu madre en la estación...

MUCHACHA.—(*Muy natural*) Es que mi madre siempre tiene razón.

MUCHACHO.—(*Algo escéptico*) Anda, anda. Tanto como siempre...

MUCHACHA.—¡Ah! ¿No? (*Picadísima*) ¿Es que vas a aprovechar la ocasión para meterte con mi madre?

MUCHACHO.—Pero, mujer...

CÉSAR.—(*Gritando*) ¡Basta!

(*Los Muchachos se ponen en pie sobresaltadísimos*)

MUCHACHA.—¡Ay!

MUCHACHO.—¡Señor mío!

CÉSAR.—(*Furioso*) ¡Basta! ¿Es que no saben hablar un poco más bajo? ¿Es que no les merece a ustedes algún respeto el descanso de los demás? (*Muy cargado de razón*) ¿Es que un hombre decente no tiene derecho a dormir?

MUCHACHO.—Sí, señor.

CÉSAR.—¿Qué libertinaje es este?

MUCHACHO.—¡Sí, señor!

CÉSAR.—¡A callar!

MUCHACHO.—Como usted mande... Sí, señor.

(*El juego de antes. César se vuelve y, con la mayor dignidad y con todo ahínco, trata de conciliar el sueño. El Muchacho y la Muchacha se miran francamente sobrecogidos*)

MUCHACHA.—¡Je!

MUCHACHO.—¡Je! Mira... Lo mejor será que demos otra vueltecita.

(*Se cogen de la mano e inician la salida hacia la derecha, andando de puntillas y mirando a César con muchísimo recelo*)

MUCHACHA.—Oye...

MUCHACHO.—(*Inquietísimo*) ¡Chiss! No grites...

MUCHACHA.—*(Muy bajito. Pero dichosísima)* Oye. Estoy pensando en la cara que pondrán todos cuando volvamos a casa y les contemos lo que nos estamos divirtiendo en Madrid haciendo vida nocturna...

MUCHACHO.—Pero ¿se lo vamos a contar?

*(Salen. En el fondo surge Cris. Una chica muy joven. Viste con modestia. Pero, sin embargo, hay en ella cierta salada y limpia coquetería. Lleva una cajita abierta que contiene varios paquetes de tabaco americano de distintas marcas. Lleva, además, un décimo de lotería)*

CRIS.—¡Hay tabaco! Tabaco rubio. Me queda un veinticuatro mil que va a tocar...

*(Al pasar junto a Marta se detiene muy amable)*

¡Señorita! ¿Me compra usted un paquete?

MARTA.—No, gracias.

CRIS.—¿Se queda usted con el veinticuatro mil?

MARTA.—No...

CRIS.—Pues a mí me da el corazón que va a tocar...

MARTA.—*(Sonríe)* A mí no.

CRIS.—¡Qué desconfiada es la señorita!

*(Sonríe y marcha. Descubre a César y va hacia él muy contenta)*

¡Ay! Pero si está aquí el señorito... Buenas noches, señorito. ¿Cómo está usted? Ya, ya se ve. Tan cómodo y tan ricamente. ¿Se acuerda usted de mí? Yo soy Cristina, la Cris. Anoche me compró usted cigarrillos y me dijo que me iba a pintar en un cuadro. Con una paloma en una mano, una guitarra en la otra y en la otra la bandera de las Naciones Unidas. *(Se calla)* ¡Señorito! ¿Me compra usted algo? *(Silencio. César no se mueve)* ¡Oiga! Le advierto que, si no lleva pesetas, se admite el pago en dólares...

*(César se agita indignadísimo. Casi en un brinco)*

CÉSAR.—¡Largo!

CRIS.—*(Huyendo)* ¡Ayyy!

CÉSAR.—¡Descarada!

CRIS.—Oiga, oiga...



CÉSAR.—¡Fuera de aquí!

*(En pie. Con gesto de desesperación y los ojos puestos en el cielo)*

¡Santo Dios! Pero ¿es que en este país no se puede dormir? ¿En qué está pensando el Ayuntamiento?

*(Se vuelve a sentar y se acomoda otra vez. La chica, en su huida, ha llegado junto a Marta)*

CRIS.—¿Ha visto usted? ¡Vaya un genio! Como si no supiera una que lleva tres noches durmiendo aquí, al aire libre...

MARTA.—*(Con timidez)* Oye, pequeña. ¿Qué hora es?

CRIS.—Ya han dado las tres, señorita.<sup>3</sup>

MARTA.—¡Dios mío! ¿Tan tarde?

CRIS.—Sí, señorita. *(Mirándola con curiosidad)* ¿Esperaba a alguien la señorita?

MARTA.—Sí...

CRIS.—¡Qué romántico! Una cita en este café a la luz de la luna... *(Transición)* ¿Y no ha venido?

MARTA.—No... No ha venido.

CRIS.—El muy sinvergüenza...

MARTA.—Mujer...

CRIS.—¿Qué señas tenía?

MARTA.—Unos cuarenta años. Es alto, moreno, tiene los ojos azules...

CRIS.—*(Boquiabierto)* ¡Mi madre!

MARTA.—¿Le has visto?

CRIS.—¡Ca! Esta noche todo lo que ha habido por aquí ha sido muy corrientito... *(Mirándola con pena)* ¡Cuánto lo siento, señorita!

*(Marta sonrío y se seca una lágrima)*

MARTA.—Bueno. Me parece que la culpa ha sido mía. ¿Comprendes? Seguramente me he equivocado de café.

CRIS.—Sí, señorita. Eso será. Es lo que nos pasa siempre a las mujeres...

MARTA.—Buenas noches.

CRIS.—Buenas noches, señorita.

---

3 Alfil: *dao las tres*

*(Marta toma su maletita y sale despacio, como sin rumbo. Cris se queda quieta viéndola marchar)*

¡Pobrecilla!

*(Suspira melancólicamente y se va. En la terraza solo queda César, inmóvil, en actitud de durmiente. Un silencio. Y surge entre las sombras del fondo una figura de mujer. Avanza despacio, muy despacio. Es una mujer joven todavía y muy atractiva que viste de oscuro con un lujo delicado. Unas pieles le protegen el cuello y los hombros. Se llama Laura. Cuando llega a la mesa del centro se detiene, mira en torno y, al fin, se sienta. Sin querer, hace un pequeño ruido al mover la butaca para tomar asiento. Esto es suficiente para que César se sobresalte y, con su indignación habitual, gire sobre sí mismo, dispuesto a proferir una tremenda exclamación. Pero al descubrir a Laura, frente a él, y muy próxima, se queda sorprendidísimo y mudo: como petrificado. Hay un fugacísimo silencio. Ella sonrío y, un poco azorada por la insistente mirada de César, murmura muy bajito)*

LAURA.—Buenas noches.

CÉSAR.—*(Casi sin voz por la sorpresa)* Buenas noches...

*(Él continúa mirándola fijamente, fascinado. Al fin, en una violenta transición, casi con coraje, le vuelve la espalda. Se acomoda de nuevo con mucha dignidad y con un afectadísimo aire de independencia. Se cubre la cara con el sombrero, se sube el cuello de la chaqueta... Ella le observa muy sorprendida. De pronto, César pega un respingo y se queda mirando otra vez a Laura de hito en hito. Ella sonrío débilmente y baja los ojos)*

LAURA.—¿Le... molesto?

CÉSAR.—*(Con severidad)* Si se está usted callada, no.

LAURA.—*(Sonríe)* Esté tranquilo. No hablaré.

CÉSAR.—¿Palabra?

LAURA.—*(Sonriendo)* ¡Palabra!

CÉSAR.—Bien... Eso es otra cosa. *(Transición. Excitándose)* Es que yo necesito dormir. ¿Se entera? ¡Tengo derecho a dormir! ¡Soy un ciudadano libre!

LAURA.—*(Sonríe)* Naturalmente...

CÉSAR.—Entonces, buenas noches. ¡Hasta mañana!

LAURA.—(*Amablemente*) ¡Que usted descanse!

*(César, con muchísimo empeño, se vuelve y adopta de nuevo su postura habitual. De un manotazo se cubre la cara con el sombrero. Y se queda quieto. Pero es inútil. Al poco rebulle inquietísimo. Hasta que se incorpora y se encara de nuevo con Laura)*

CÉSAR.—Oiga usted, señora... O señorita.

LAURA.—(*Sonríe*) ¿Qué más da?

CÉSAR.—Por mí... Pero como de algún modo tengo que dirigirme a usted...

LAURA.—Bueno. Si de verdad no tiene más remedio que dirigirse a mí, llámeme por mi nombre... Me llamo Laura.

CÉSAR.—¡Laura!

LAURA.—Sí.

CÉSAR.—(*Con cierta altanería*) Yo me llamo César Morell. ¿No le dice nada mi nombre?

LAURA.—No, no... De momento, no.

CÉSAR.—(*Muy indignado*) ¡De momento no! ¡De momento no! Y eso es todo lo que se le ocurre. Cuando pienso que en Montparnasse todo el mundo sabe quién es César Morell...

*(Se la queda mirando de arriba abajo con enorme piedad)*

¡Pobre España!

LAURA.—(*Muy tímida*) ¿Es usted artista?

CÉSAR.—(*Gritando*) ¡Sí!

LAURA.—(*Humildísima*) ¡Ay, Dios mío! Soy una ignorante.

CÉSAR.—¡Oiga! ¿Piensa usted continuar ahí sentada durante mucho tiempo?

LAURA.—¿Por qué no?

*(Mira alrededor y sonríe con nostalgia)*

Es una hermosa noche de verano. Y se está bien aquí, debajo de estos árboles. Además, usted me resulta muy agradable...

CÉSAR.—(*Casi en un brinco*) ¿Yo?

LAURA.—Sí, sí... Usted.

CÉSAR.—(*Furioso*) ¡Señora!

LAURA.—¡Ay! ¿Qué?

CÉSAR.—(*Dominándose*) ¿Sabe que han cerrado el café hace rato? No puede usted tomar nada.

LAURA.—¡Bah! No tengo sed.

CÉSAR.—Bien. Pero si se retrasa tendrá dificultades para volver a casa. A esta hora no circulan ni autobuses, ni tranvías, ni nada...

LAURA.—No se preocupe. Tomaré un taxi.

CÉSAR.—(*Como último recurso*) De todos modos, me parece una imprudencia que una mujer como usted ande sola por la calle de madrugada...

LAURA.—Pero si no estoy sola...

CÉSAR.—¡Ah! ¿No?

LAURA.—No, no... Estoy con usted.

CÉSAR.—(*Con franca desesperación*) ¡Oh! Es el colmo. Por favor. Sea razonable. ¡Márchese! ¡Márchese!

LAURA.—Pero ¿por qué tiene tanto empeño en que me vaya?

CÉSAR.—¡Señora! Usted tiene una alcoba.

LAURA.—¡Claro!

CÉSAR.—Usted tiene una alcoba preciosa, con cortinas y espejos y una gran alfombra. Tiene usted una cama enorme con dos colchones riquísimos y una manta suavcita, de esas que no pesan nada, por si refresca al amanecer...

LAURA.—Oiga. ¿Cómo lo sabe? Porque yo juraría que usted no ha entrado nunca en mi alcoba...

CÉSAR.—No es necesario. Cuando me quedo aquí solo, a la intemperie, y cierro los ojos no hago más que soñar con alcobas y alcobas y alcobas... Y con una cama grande de dos colchones en la que sería maravilloso dormir todas las noches, toda la vida. Sobre todo, cuando pienso en los dos colchones es que me vuelvo loco. (*Indignado*) ¡Señora! Su presencia aquí constituye para mí una provocación burguesa...

LAURA.—(*Ríe bajo*) ¡Oh!

CÉSAR.—Conque no me provoque más y lárguese.

(*Ella, inmóvil, sonrío y le mira. Él espera*)

¿Qué? ¿Se va?

LAURA.—No, no. Yo no creo en la lucha de clases. Me quedo con usted.

CÉSAR.—¡Y dale! Pero yo quiero dormir. ¡Tengo derecho a dormir! La ley está de mi parte...

LAURA.—Pero, hombre, si puede usted dormir todo lo que guste. Yo no se lo impediré.

CÉSAR.—¡Señora!

LAURA.—(*Casi maternal*) Vamos, no sea niño. Duerma, duerma. ¿A qué hora quiere que le llame?

CÉSAR.—(*A gritos*) ¡Señora!

LAURA.—¡Ay!

CÉSAR.—Si intento dormir estando usted ahí, fracasaré. Su presencia me inquieta, me perturba, me solivianta. Pero, señora... ¿De veras cree usted que un hombre como yo puede dormir tranquilo al lado de una mujer como usted? ¿Por quién me ha tomado?

*(Ella baja los ojos. Una transición. Con otra voz, con una súplica honda)*

LAURA.—Por Dios... Déjeme estar aquí. No me eche de su lado. ¿No comprende que le necesito?

CÉSAR.—(*Asombradísimo*) ¿A mí?

LAURA.—¡Sí! A usted.

CÉSAR.—Pero ¡si no nos conocemos!

LAURA.—Bueno... Eso no tiene importancia.

CÉSAR.—¡Oiga! (*Muy suspicaz*) ¿Es que ha cometido usted un crimen? ¿No? ¿Se ha metido en algún conflicto? ¡Ah! Pues si pretende usted que yo me pegue con otro por su culpa, ni hablar. Sería un abuso. ¿Tampoco es eso? Entonces, ¿por qué dice que me necesita? ¿Qué es lo que quiere usted de mí?

LAURA.—Casi nada... Pero ¿aún no ha comprendido que soy una pobre mujer muerta de miedo?

CÉSAR.—(*Impresionado*) Señora...

LAURA.—(*Con angustia y súplica*) ¿Sabe usted lo que es la soledad? ¿Sabe usted lo que es sentirse a solas, horas y horas, en una habitación cerrada, precisamente en una alcoba como la que usted sueña?<sup>4</sup> ¿Sabe usted lo que es conocer, de pronto, en esa soledad, el miedo a enloquecer de angustia y de pena? Hay que huir, ¿comprende?, hay que huir de esa alcoba y salir a la calle y buscar refugio en cualquier parte, aunque sea en la terraza de un café cerrado, junto a un desconocido que tiene sueño y está de mal humor y nos arroja de su lado porque no comprende que solo le pedimos la limosna de su compañía, por un poco de tiempo, hasta que se haga de día...

---

4 Alfíl: con la que usted sueña?

*(Se inclina sobre la mesa y llora suavemente con la cara entre las manos. Él, en pie, a su lado, la contempla callado. Al fin, ella se seca las lágrimas, alza los ojos y le mira)*

¿Sabía usted que era así la soldad?

CÉSAR.—*(Sonríe, pero con enorme amargura)* ¿Cómo no voy a saberlo? Estoy solo desde que era un niño...

LAURA.—¿Usted también?

CÉSAR.—*(Transición, brusco)* Bueno. Por mí, puede usted quedarse aquí todo el tiempo que guste. Está usted en su casa...

LAURA.—Muchas gracias. Es usted muy amable.

CÉSAR.—No, no soy amable. Yo voy a dormir. No tengo más remedio. ¡Ah! Le advierto que no es necesario que me despierte. A las ocho vienen los camareros del café y me echan...

*(Ya está acomodado otra vez en su butaca con los pies en otra y de espaldas a Laura. Un silencio)*

CÉSAR.—¿Cómo dijo usted que se llamaba?

LAURA.—Laura...

CÉSAR.—Ya... Me gusta. *(Una pausa)* ¿Puedo hacerle una pregunta?

LAURA.—¿Por qué no?

CÉSAR.—¿Es esta su primera noche de soledad?

LAURA.—Sí...

*(Un silencio. Siguen hablando sin mirarse)*

CÉSAR.—¡Laura! *(Muy bajo)* ¿Es usted una aparición?

LAURA.—No, querido. Soy una pobre mujer.

CÉSAR.—Buenas noches, Laura.

LAURA.—Buenas noches, César.

*(Se callan. Y en seguida surge Cris)*

CRIS.—¡Hay tabaco! Tabaco rubio...

LAURA.—*(Rápidamente)* ¡Chiss!

*(Cris, apresurada, se planta junto a Laura, ilusionadísima por la inminente venta)*

CRIS.—¡Señorita! ¿Qué va a ser? Tengo «Filis» y «Chesterfield», cerillas y piedras para los mecheros. ¡Hay lotería! Me queda un veinticuatro mil que va a tocar...

LAURA.—¡Chiss! No grites. Dame cigarrillos...

CRIS.—Sí, señorita. Ahí van. Diez pesetas. Baratito. ¡Ay, Dios se lo pague! Porque se estaba poniendo la noche que ya, ya...

LAURA.—(*Súbitamente*) ¡No! ¡No te vayas! No me dejes sola...

CRIS.—(*Sorprendida*) Pero señorita...

LAURA.—(*Con precipitación*) Ven aquí. ¡Dame otro paquete!

CRIS.—¿Otro?

LAURA.—Sí, sí... Y ese. Y ese también. Dámelos todos.

CRIS.—¿Todos?

LAURA.—¡Todos!

CRIS.—¿Y el décimo también?

LAURA.—También. Trae, trae...

CRIS.—(*Deslumbrada*) ¡Dios mío! (*Muy aprisa. Como para sí misma*) Cuatro paquetes a diez que hacen cuarenta. Con uno a once, cincuenta y una. Además, dos duros del décimo y la voluntad...

LAURA.—(*Dándole un billete*) Toma, toma. Todo para ti. Pero no te vayas...

CRIS.—¡Ayyy!

LAURA.—(*Asustada*) ¡No chilles!

CRIS.—(*Emocionadísima: con el billete en la mano*) ¡Veinte duros! ¡Veinte duros sin vuelta! ¡Ay, señorita de mi alma! ¡Ay! ¡Ay, qué buenísima es la señorita! ¿Me permite usted que la dé un beso?

LAURA.—(*Conmovida*) Claro que sí, mujer...

*(La pequeña se lanza impulsivamente hacia Laura y la besa)*

¡Chiquilla!

CRIS.—(*Nerviosísima*) Bueno... Lo primero de todo es el balance...

*(Deposita sobre la mesa, y con mucha solemnidad, el billete de cien pesetas. A este añade un manojo de pequeños billetitos que extrae de un bolsillo)*

Los veinte duros de la señorita con cuarenta y dos pesetas que llevaba de venta hacen un total de ciento cuarenta y dos. Lo cual, entre utilidades y propinas, quiere decir que hay lo menos, lo menos, doce duros para mí... ¡Ay, Virgen, qué día! Digo, qué noche. Mañana le llevo una vela de dos pesetas a

la Virgen de la Paloma. Y me paso la tarde en un cine de sesión doble. Y me compro una de Ágata Cristy.<sup>5</sup> Y una barra de labios de diez pesetas. Y, aun así, descontado lo de la cena,<sup>6</sup> porque a medio día me arreglo con cualquier cosita, me quedan casi, casi, cuatro duros para el día de mañana. (*Se vuelve vivamente hacia Laura*) Ya tengo setecientas pesetas ahorradas, ¿sabe usted? Pero no se lo digo a nadie, porque no quiero que los hombres me hagan la corte por interés... Claro que lo que la señorita estará pensando: ¿quién se va a fijar en una pobre chica como esta? Bueno... Pues fijarse, sí que se fijan. Pero no quiera saber la señorita con qué intenciones. ¡Huy! Más de un sopapo tengo dado... Y bien a punto. Pero, con tanta decencia, ¿sabe usted lo que me pasará? Que me quedaré soltera como mi madre.

(*César se pone en pie y casi pega un grito*)

CÉSAR.—¡Señora!

CRIS.—(*Desconcertada*) ¡Anda! ¿Es que se ha asustado usted?

CÉSAR.—(*Conteniéndose a duras penas*) ¡Señora! Como estoy segurísimo de que mientras esta señorita no termine de contar su vida privada yo no voy a pegar un ojo... ¿Me permiten ustedes que las haga compañía?

LAURA.—(*Encantada*) ¡Naturalmente! Pero, hombre, si lo que usted quería era charlar un ratito, ¿por qué no lo ha dicho antes?

CÉSAR.—¡Oh!

LAURA.—Venga, venga. Siéntese con nosotras.

CRIS.—(*Muy contenta. Palmoteando*) Eso, eso. Siéntese aquí... ¡Ay, qué bien lo vamos a pasar! Con lo charlatana que yo soy...

CÉSAR.—¡Soberbio!

(*Se sienta con ellas en la mesa del centro. La muchacha queda entre César y Laura*)

¡Adelante! Puede usted seguir con la interesante historia de su mamá...

CRIS.—(*Tiernamente*) Si la hubieran ustedes conocido... Tenía un pelo y unos ojos... (*Orgullosísima*) ¡Y era más limpia que los chorros del oro!

CÉSAR.—(*Casi con un escalofrío*) ¡Admirable mujer!

5 Dada la poca instrucción que se le supone a la interlocutora, castellanizo el nombre extranjero; ni el original mecanografiado ni Alfíl aportan una buena transliteración: *Aghata Cristie*

6 Alfíl: *descontao lo de la cena* Alfíl elimina sistemáticamente la -d- intervocálica en los parlamentos de Cris y el Señor Pepe; pero el original mecanografiado (M) la mantiene. En adelante no lo señalo.



LAURA.—¿Quién fue tu padre?

CRIS.—Pues seguro, seguro, no lo sé.

LAURA.—¡Criatura! ¿Qué dices?

CRIS.—La verdad. Dicen que murió joven... Mi madre nunca hablaba de él, ¿sabe usted? Ella se ganaba la vida como yo, en la calle; vendía flores. De la Gran Peña al Casino de Madrid...<sup>7</sup> Por allí se tropezaría con mi padre, digo yo. Por eso estoy segura de que mi padre era un gran señor. Porque no cabe duda de que la Peña y el Casino tienen muy buen público.<sup>8</sup>

LAURA.—¡Ah! Eso sí. Puedes estar orgullosa.

CRIS.—(Modestamente) Pues ya ve... No me gusta darme importancia.

CÉSAR.—(Olímpico) ¡Viejo Madrid de la calle de Alcalá! Señoritos desocupados que hacen el amor a las floristas. ¡Bah! Mundo burgués. Mundo caduco.<sup>9</sup>

(Cris se pone en pie, indignadísima)

CRIS.—¡Oiga! Si eso de caduco lo dice por mi padre, le suelto una bofetada...

CÉSAR.—¡Oh!

7 *Gran Peña*: la Sociedad Gran Peña es un club privado al que ha pertenecido lo más granado de la aristocracia española y de la cúpula militar; también contó entre sus socios, por ejemplo, al líder derechista José Calvo Sotelo, al que se recuerda, junto al resto de los socios «muertos por España» en una gran bajo-relieve que preside la escalera central del edificio, terminado en 1916 en el número 2 de la Gran Vía, y construido por los arquitectos Eduardo Gamba Sanz y Antonio de Zumárraga. El 28 de junio de 2007, sin ir más lejos, se celebró allí un homenaje al profesor Juan Velarde Fuentes.

8 *Casino de Madrid*: situado en la calle Alcalá, 15, es un refinado club social que ocupa un vistoso edificio, que cuenta con obras de arte en su Salón Real, una Biblioteca Neogótica, una Escalera de Honor y un gran salón de baile con vidrieras. Según su página «web» (<http://www.casinodemadrid.es/sp/index.htm> sábado, 20 marzo 2010), «en 1836, cuando un grupo de jóvenes románticos y progresistas, cansados de tanta exaltación política, decidieron encontrar un lugar tranquilo donde poder reunirse en paz y armonía, se estaba dando el primer paso de lo que con el tiempo llegaría a ser el Casino de Madrid». El edificio actual, obra del arquitecto José López Salaberry, se construyó (1905-1910) en terrenos del Veloz Club. Contiene pinturas de Romero de Torres, Álvarez de Sotomayor, Cecilio Plá, Emilio Sala, Manuel Benedito y decoraciones escultóricas de Ángel García, Mateo Inurria y Mariano Benlliure. Durante la guerra civil fue Hospital de Sangre y Caja de Reparaciones; «con el régimen franquista la institución no conoció los tiempos de esplendor de épocas pasadas» ([http://www.madridhistorico.com/seccion1\\_monumentos](http://www.madridhistorico.com/seccion1_monumentos) sábado, 20 marzo 2010).

9 Escribe Ruiz Iriarte en su «Viaje alrededor de un escenario. II: cómo surge un autor novel»: «Nosotros hemos visto con nuestros infantiles ojos el esplendoroso espectáculo de la calle de Alcalá en una tarde de toros. Coches de caballos, los mismos aristocráticos carruajes que veíamos en las tardes de primavera Castellana adelante, hacia el antiguo Hipódromo de Chamartín. Alegría desbordante, piropos, chistes, gracia, mucha gracia. La gente, cuando iba a los toros, se ponía tan graciosa, que hasta se olvidaba de la guerra de Marruecos. Hace algún tiempo publiqué en un diario madrileño un artículo en el que evocaba aquella calle de Alcalá como fondo de la sociedad de su tiempo, cuando los húsares lucían como símbolo de lo heroico, y tal escrito me valió una severa reprimenda de algunos venerables y muy queridos amigos. Al parecer, mi trabajo no fue lo suficientemente respetuoso. Yo lo sentí muchísimo...» (*Teatro 2* (diciembre 1952): 42-47; cita en 43a).

LAURA.—(*Deteniéndola*) Pero, mujer... Estate quieta.

CRIS.—(*Chillando*) ¡Que de mi padre nadie tiene que decir nada! ¿Se entera usted? ¡Que ya quisieran parecerse a él muchos que presumen! ¡Eso es!

LAURA.—Pero, hija mía... Si no le has conocido.

CRIS.—¿Y eso qué importa? (*Transición*) Si de tanto pensar en él, aunque no le he conocido, ya sé cómo era...

LAURA.—¿De veras?

CRIS.—Sí, señorita.

LAURA.—Oye... ¿Y cómo era?

CRIS.—(*Tiernísima*) Un granuja.

LAURA.—¿Tú crees?

CRIS.—Pero muy «salao»...

LAURA.—¡Ah! Entonces...

CRIS.—A veces, como soy tan fantástica, cierro los ojos y veo a mi padre y a mi madre que vienen a buscarme muy cogiditos del brazo. Y si viera la señorita qué buena pareja hacen... Los veo muy a menudo. Pero, sobre todo, cuando llego a casa de madrugada y me encuentro tan sola... Porque vivo sola, ¿sabe usted?, desde hace dos años que murió mi madre. Una casa pequeñita, en la calle de la Ballesta. Tres habitaciones, ochenta pesetas. Renta antigua, ya se ve... Entonces, me acuesto y cierro los ojos y veo a mi madre tan buena moza. Y veo a mi padre como yo me lo figuro, con su bigote y su bastón, que estoy segurísima de que era así, diciéndole a mi madre piropos y más piropos, y mi madre, venga a reírse porque está chifladísima por él... Pero, de pronto, me doy cuenta de que todo son imaginaciones mías y me echo a llorar como una tonta... Hasta que me quedo como un tronco.

(*Se calla. Inconscientemente, están los tres muy juntos*)

LAURA.—¡Chiquilla! ¿Quieres... darme otro beso?

CRIS.—¡Huy! (*Dichosa*) Con muchísimo gusto... ¡Anda! Pero ¿es que se ha emocionado la señorita? ¿Por qué llora la señorita?

LAURA.—Porque yo también estoy sola como tú...

CRIS.—(*Contentísima*) ¿De veras? (*Vuelve la cabeza y se queda mirando a César*) ¿Y el artista también?

CÉSAR.—Sí... (*Muy bajo*) También.

CRIS.—¡Ay, qué suerte!

LAURA.—(*Con sobresalto*) ¡Hija! ¿Tú crees?

CRIS.—(*Entusiasmadísima*) ¡Ay, qué suerte habernos encontrado aquí los tres!

*(Aparece Marta. Viene en la misma actitud de desaliento con que se fue. Al entrar –por la derecha– se detiene un instante y, con los ojos, recorre todas las mesas. No encuentra lo que busca y se deja caer con desmayo en una butaca junto a una mesita de las situadas a la derecha. Apoya los brazos sobre la mesa, esconde en ellos la cabeza y llora... Lloro sin consuelo: para sí misma, no se la oye. Laura, Cris y César, que, en silencio y sorprendidos, han seguido todos los movimientos de Marta, se miran entre sí... Una cortísima pausa)*

LAURA.—*(Muy bajo)* ¡Esa mujer está llorando!

CRIS.—Sí, señora. Para mí que la pobre está viviendo un drama...

CÉSAR.—¡Oh! *(Desesperado)* Ya no dormiré nunca. ¡Nunca!

*(Entra, también por la derecha, el Señor Pepe. Es un viejo chófer de taxi y viste uniforme como tal. Muy madrileño, muy campechano, muy risueño. Siempre tiene un brillo alegre en los ojillos cansados. Trae consigo el maletín que llevaba Marta en su primera escena. Se dirige a ella muy presuroso y servicial, muy sonriente)*

PEPE.—¡Señorita! ¡Je! ¿Me oye? ¿Me oye usted? La señorita se había dejado su maletín en el taxi... Aquí está. ¡Je! Oiga, ¿por qué no me dice dónde vive, y un servidor, que para eso está, la lleva en un vuelo y la señorita se acuesta, y la señorita se duerme, y mañana verá la señorita que todas las penas se pasan, por muy grandes que sean; que sí que lo deben ser, porque hay que ver cómo llora la señorita... ¡Je! ¡Hala, hala, señorita, que se lo digo yo! Usted no sabe lo que sabe un viejo con cuarenta años de taxista. Ahí está el «Citroën» de testigo. Si él hablara... Pobrecito. Matrícula veinte mil de Madrid. No tiene refrigeración. Pero pega unos resoplidos...

MARTA.—*(Con sofoco)* ¡Déjeme! ¡Déjeme en paz! Se lo suplico...

PEPE.—Pero, señorita...

CRIS.—*(De pronto)* ¡Anda! Si es el señor Pepe...

PEPE.—*(Se vuelve)* ¿Quién me llama?

CRIS.—¡Señor Pepe!

*(La chica, muy alegre, avanza hacia el Señor Pepe. Él también da unos pasos. Y cuando llegan el uno al otro se abrazan)*

PEPE.—(*Muy contento*) ¡Hola! Si es la Cris. ¡Cristinilla! ¡Chica! ¡Qué guapa te has puesto! Cuando pienso que te conocí en brazos de tu madre...

CRIS.—Venga usted que le presente, señor Pepe. La señora es una amiga mía de toda la vida. Este caballero es un artista.

PEPE.—(*Respetuosísimo*) ¿Un artista?

CRIS.—Sí, sí...

PEPE.—¿Del circo o de las varietés?

CÉSAR.—(*Se pone en pie frenético*) ¡Un cuerno!

LAURA.—¡Dios mío!

CRIS.—¡Ay, Virgen!

PEPE.—Oiga, oiga.

(*Laura avanza. César marcha hacia el fondo y pasea*)

LAURA.—¿Quieren ustedes callarse? Esa muchacha sigue llorando...

PEPE.—Sí, señora. A mí me tiene muy preocupado... Hace un rato que esa señorita me ha alquilado en esta esquina y me ha mandado que fuera hacia el centro. Yo, la verdad, como la veía llorar y llorar y venga llorar, me dije para mí: ¡Pepe! Lo que esta señorita quiere es que la dejes cerca del Viaducto. Y, en vista de eso, he tirado para los Nuevos Ministerios, que está todo llano...

CRIS.—¡Muy bien hecho!

PEPE.—A mí es que me gusta servir bien al público... Pero la pobre no se daba cuenta de nada. Yo creo que no sabe qué hacer, ni adónde ir. Ahora me ha mandado volver a este café... Y ahí está.

LAURA.—¡Espere! No podemos dejarla así... (*Laura va hacia Marta*) ¡Señorita! ¡Por favor! ¿No podemos ayudarla? ¿Está usted segura? ¡Señorita!

(*Marta se incorpora y contempla a los demás personajes, que ya rodean su mesa*)

Vamos. ¿De verdad, de verdad no quiere usted decirnos por qué llora?

MARTA.—(*Con enorme desconsuelo. Entre sollozos*) ¡Porque estoy sola en el mundo!

LAURA.—¡Ay! ¿De veras? (*Muy contenta*) ¿Has oído, Cris? ¡Está sola en el mundo!

CRIS.—(*Palmoteando*) ¡Bravo! ¡Bravo!

MARTA.—(*Estupefacta*) ¡Dios mío! Pero ¿es que se alegra de que yo esté sola en el mundo?

CRIS.—¡Claro!

MARTA.—(*Con desconsuelo*) ¡Ay! ¿Por qué?

LAURA.—Porque nosotros también estamos solos...

MARTA.—¿Todos?

TODOS.—¡Sí!

MARTA.—¡Esto es fantástico!

LAURA.—Vamos, vamos. Deje de llorar y venga con nosotros.

CRIS.—Hala, hala. Póngase cómoda. Con toda confianza...

*(Entre Laura y Cris, con dulzura, pero con toda energía, toman a Marta y la conducen hasta la mesa central que ellas ocupan. Sientan a Marta en el centro, frente al público, y la rodean. César toma asiento con ellas. El Señor Pepe, en pie, ve y oye todo lo que sucede con el mayor interés)*

LAURA.—Séquese esas lágrimas. Serérese. Díganos qué le ocurre. ¡Confíese a nosotros!

MARTA.—Pero, señora... Si no los conozco. ¡Si no sé quiénes son ustedes!

LAURA.—¡Ay! ¿Y eso qué importa? Tampoco nosotros nos conocíamos hace unos minutos y, sin embargo, ya ve usted qué unidos estamos ahora... Cuente, cuente.

CRIS.—Eso, eso. ¡Que lo cuente todo!

*(Marta los mira de uno en uno y se echa otra vez a llorar)*

MARTA.—¡Ay, Dios mío!

TODOS.—¡Oh!

LAURA.—¡Pobre muchacha!

CRIS.—*(Muy maternal)* Ea, ea...

MARTA.—Si se empeñan ustedes, se lo contaré. Me llamo Marta. Estoy empleada en «Mariluz», una tienda de la calle de Serrano. Es una de esas tiendas pequeñas que no tienen más que un sombrero, unos guantes, un pañuelo y un bolso... ¿Comprenden? Cuando se vende el sombrero nos dan una gratificación. *(Un suspiro)* Allí le conocí. Una mañana, hace tres meses, entré a comprar un pañuelo. Al otro día volvió y se llevó los guantes. Y empezó a hacerme el amor. Yo soy tan infeliz, tan poquita cosa... Le creía... ¿Por qué no iba a creerle? Me hacía falta su cariño. La vida sin amor es tan estúpida... Yo era muy feliz. Me traía a este café todas las tardes...

LAURA.—¿A usted también?

MARTA.—¿Cómo? ¿Es que a usted también le han hecho el amor en este café?

LAURA.—¡Sí!

MARTA.—(*Casi llorando*) ¿Verdad que es estupendo?

LAURA.—Era maravilloso. Aquí he vivido tantas horas de felicidad... (*Con una suave nostalgia*) En verano, nos sentábamos entre estos árboles, debajo de estas estrellas. En invierno, en el diván rojo, junto al piano, en el rincón...

MARTA.—¡En el rincón! Como yo...

LAURA.—¡Ay! ¿Sí?

MARTA.—Sí, sí. ¡Qué casualidad!

LAURA.—Verdaderamente, es una casualidad...

(*Un silencio fugacísimo. De pronto, Marta se agita en un sollozo*)

MARTA.—¡Canalla!

LAURA.—¡Marta!

MARTA.—Esta noche estábamos citados aquí para marcharnos a Barcelona en su coche...

LAURA.—¡Esta noche!

MARTA.—¡Sí! (*Con una rara mezcla de rubor y desaliento*) Yo no podía negarme. Le quiero. Solo le tengo a él. Estoy sola. Él es toda mi vida. Le dije que sí, y esta mañana me despedí de la tienda. Pero ino ha venido! Le he esperado durante toda la noche. He vuelto con la esperanza de encontrarle, y tampoco está. Y ahora estoy sola, sola otra vez. Y mañana ni siquiera puedo volver a la tienda, porque me moriría de vergüenza...

(*Se echa sobre la mesa y solloza. Un silencio*)

CRIS.—(*A Laura*) ¡Señorita! ¿En qué está usted pensando?

LAURA.—Estaba pensando en él...

(*De pronto, el Señor Pepe, que desde hace un rato está escuchando, muy caviloso, dice para sí*)

PEPE.—¡Caray! Ahora que caigo...

(*Todos, sorprendidos, vuelven la cabeza hacia él*)

TODOS.—¿Qué?

PEPE.—(*Consternado*) Resulta que yo también estoy solo en el mundo...

*(Todos, muy diligentes, se ponen en pie, van hacia el Señor Pepe y le rodean)*

LAURA.—¿Usted también?

CRIS.—¡Señor Pepe!

MARTA.—¿De verdad que está usted solo?

PEPE.—*(Preocupadísimo)* ¡Toma! Y tan solo. Lo que pasa es que hasta ahora no me había dado cuenta...

LAURA.—¡Ay, Dios mío! Pobre viejo...

CRIS.—¡Pobrecito señor Pepe!

LAURA.—A ver, a ver... Cuéntenos.

MARTA.—Eso, eso. ¡Que lo cuente! ¡Ay! Pues resulta que es verdad, que esto consuela mucho...

CRIS.—Aquí, aquí... Siéntese.

*(Entre las tres han sentado al Señor Pepe, que está muy preocupado y se seca el sudor con un pañuelo. César continúa sentado en la mesa del centro)*

PEPE.—¡Ay, madre mía! A mi edad y solo en el mundo, y con lo mal que estoy del reuma... ¿Qué va a ser de mí?

LAS TRES.—¡Oh!

PEPE.—Pero ¿cómo no me he dado cuenta antes de esta soledad, si ya hace seis años que murió la Felisa, mi mujer? ¡Toma! Ya lo sé. Porque todavía no me acabo de creer que se haya muerto. Porque no hago más que pensar en ella. Porque la tengo todo el día a mi lado, como mi sombra. Porque los muertos, si nos quieren, no se van de nosotros. Se quedan aquí para protegernos, para ayudarnos. ¡Je! Y vaya si ella me quería. Todavía me parece verla cuando salíamos juntos de paseo y se metía en el taxi, y se sentaba a sus anchas, como una señorona, y me decía, muerta de risa: «¡Hala, hala, chófer! Más aprisa...».

*(Se calla. Un silencio. El Señor Pepe se pasa el pañuelo por los ojos. Luego los mira a todos, de uno en uno, y se sonroja. Y de pronto, en una transición, se pone en pie, muy decidido)*

¡Je! Vaya... Con permiso.

LAURA.—¡Adónde va usted?

PEPE.—¡Je! A encerrar.



LAURA.—¡No! ¡No se vaya! ¿Por qué huye? ¿Para esconderse en un rincón y llorar a solas?

PEPE.—(Sonrojado, como un niño) ¡Je! ¡Señora!

(Laura, en el centro, se encara con los demás. Tiene en los ojos algo como una súplica)

LAURA.—Pero ¿no comprenden ustedes que nosotros ahora no debemos separarnos?

(Todos, en suspenso, la miran atónitos)

MARTA.—¡Señora!

CÉSAR.—(Alza la cabeza) ¿Qué quiere decir?

LAURA.—Pero si es tan sencillo... ¿No creen ustedes que algo que está por encima de nosotros nos ha reunido esta noche en la terraza de El Café de las Flores? ¿Por qué no creer en un milagro? ¿No son como milagros pequeñitos muchas grandes casualidades? Marta, Cris, César... Y usted. Mírense a sí mismos. Mírenme a mí. ¿Qué somos nosotros? Cinco solitarios. ¿Qué nos espera a cada uno de nosotros cuando nos separemos de los demás? ¡La vida! La vida con su cara huraña y amarga, porque la vida solo sonrío a los otros, a los que tienen compañía, a los que van por el mundo de dos en dos, cogidos del brazo. (Se vuelve) ¡Cris! ¿Qué hallarás esta noche en tu casa? Tu desamparo, tus lágrimas, tu miedo, como todas las noches. Pero será peor todavía cuando, un día cualquiera, al cruzar una calle, encuentres un hombre simpático y alegre que te engañe, como otro engañó a tu madre, sin que tú puedas hacer nada para evitarlo, porque estás sola, sola y eres una niña... Y usted, Marta, ¿adónde irá esta noche? ¿Qué hará mañana? ¿Y después? Y ese pobre viejo. Y usted, que duerme como un vagabundo en un paseo público... ¡Ah! No. No podemos separarnos. ¿Es que no sienten ustedes que, desde hace un rato, desde que el azar nos ha reunido aquí, cada uno de nosotros se siente menos desgraciado que antes? ¿Saben ustedes por qué? Porque todos hemos encontrado en los demás lo que más necesitábamos esta noche. ¡Un poco de compañía! ¿Y vamos a renunciar a esa compañía que nos hace menos desdichados, que puede hacernos un poco dichosos? No, no, no. Yo no quiero, no puedo renunciar. ¡No podemos decirnos adiós! Sería horrible para todos...

CÉSAR.—Pero, ¿adónde va usted a parar? ¿Qué pretende?

LAURA.—(Con decisión) ¡Quiero que vengan ustedes conmigo!



CÉSAR.—(*Absorto*) ¿Con usted?

LAURA.—¡Sí! Conmigo...

(*Todos, estupefactos, dan un paso hacia ella*)

TODOS.—¿Cómo?

MARTA.—¡Señora!

CRIS.—Pero, ¿todos?

LAURA.—¡Todos!

CRIS.—(*Con los ojos muy abiertos*) ¿Yo también?

LAURA.—¡Sí, sí! Todos, todos...

CRIS.—(*Emocionadísima*) ¡Ay, madre mía!

(*Laura está en el centro. Todos la miran incrédulos e indecisos. Ella los mira con los ojos velados por una súplica emocionada*)

LAURA.—¡Vamos! ¡Decídanse! Si ustedes supieran cuánto les necesito...

(*Un rapidísimo silencio. De pronto, Cris, impetuosamente, avanza unos pasos hacia Laura*)

CRIS.—¡Señorita!

LAURA.—¡Cris!

CRIS.—Yo no sé quién es usted. Pero no me importa. Me iría con usted para toda la vida...

LAURA.—(*Gozosa*) ¡Chiquilla!

CRIS.—(*Arrojándose en sus brazos*) Lléveme con usted, señorita. ¡Lléveme!

LAURA.—(*Emocionada*) Claro que sí...

MARTA.—(*Después de un segundo de vacilación*) Yo... Yo también voy.

LAURA.—¡Marta!

MARTA.—(*Con ansiedad*) Y gracias... Porque usted no sabe, no sabe.

LAURA.—Calle, calle.

(*Laura tiene abrazadas a las dos muchachas. De pronto, Cris se suelta y grita*)

CRIS.—¡Señor Pepe! No lo piense más y venga. ¡Aprovéchese!

PEPE.—¡Chica! (*Muy confuso*) ¿Tú crees que debo?

CRIS.—¡Que sí, señor Pepe! ¡Que está usted ya para pocos trotes y esto es mejor que el Montepío! ¡Señor Pepe! ¡Que esta señorita es un ángel que nos ha caído del cielo!

PEPE.—Bueno, bueno. Por probar...

LAURA.—(Contentísima) ¡Bravo!

PEPE.—¡Demonio! Pero qué cosas me pasan a mí esta noche. ¡Je! Andando. Ahí tengo el «Citroën». ¿Adónde vamos?

LAURA.—(Suave) César...

CÉSAR.—(Huraño) No.

LAURA.—¡Oh, César!

CÉSAR.—Yo me quedo.

LAURA.—¡No sea rebelde! No le abandonaré aunque se empeñe...

CÉSAR.—¡No, no y no! No siga... He dicho que me quedo. Yo siempre he sido un solitario. No tengo miedo. Soy orgulloso.

LAURA.—Pero ¿adónde irá usted con su orgullo y su miseria?

CÉSAR.—¡Pche! Tanto como miseria... No hace más que tres días que me han echado del hotel.

LAURA.—¡Oh!

CÉSAR.—Además, yo no me doy por vencido. ¿Se entera? Quiero luchar y lucharé. En París decían que tengo talento. Triunfaré. Lo sé. (Irritado) ¡Déjeme usted en paz! ¡Váyase! ¡Váyanse todos!

LAURA.—(Un silencio) ¡Buenas noches!

*(Sale Laura, seguida de Cris, Marta y el Señor Pepe. Queda solo en escena César. Una pequeñísima pausa. Mira en torno, se sube el cuello de la chaqueta. Tiene frío. En este instante entra por la izquierda el Chico. Viene parsimoniosamente, con las manos en los bolsillos y silbando. Se queda mirando a César y pega un silbido morrocotudo)*

CHICO.—Psss... ¿Busco un taxi?

CÉSAR.—(Airado) ¡Un cuerno!

CHICO.—A la orden.

*(Con el mayor desparpajo y la mayor tranquilidad y sin dejar de silbar, se sienta en la butaca que al principio del acto ocupaba César. Cruza los brazos sobre la mesa, esconde en ellos la cabeza y trata de dormir. César, que le observa, no se puede contener y grita)*

CÉSAR.—¡No! Así, no. No tienes idea de lo que es dormir en la vía pública...

*(El Chico se vuelve, muy sorprendido)*

CHICO.—Oiga, oiga. ¡Sin faltar!

CÉSAR.—¡Siéntate! Estira esos pies. Échate para atrás.

*(El Chico le obedece, impresionado. Y queda colocado en la misma postura y en el mismo sitio en que estaba César al comienzo del acto)*

Ahora todo es un problema de imaginación. ¡Concéntrate! Piensa en lo que yo te diga...

CHICO.—*(Dócilmente)* Sí, señor.

CÉSAR.—Piensa en una alcoba con cortinas y alfombras. En el centro hay una cama grande, blandísima, con dos colchones.

CHICO.—¡Sopla!

CÉSAR.—¿Qué pasa?

CHICO.—¡Que me está entrando sueño!

CÉSAR.—Ya estás acostado. ¿Qué sientes?

CHICO.—¡Que se ha levantado fresco!

CÉSAR.—Échate esa manta que tienes a los pies...

CHICO.—¡Huy! ¿No le daría igual que fuera un edredón? Es un capricho.

CÉSAR.—Bueno. Pero tápate bien.

CHICO.—*(Sin moverse siempre)* Sí, señor. ¡Je!

CÉSAR.—¿De qué te ríes, idiota?

CHICO.—*(Relamiéndose)* ¡Je! Es el edredón, que me hace cosquillas en la barba...  
¡Ay, mi madre!

CÉSAR.—¿Qué te ocurre?

CHICO.—*(Un bostezo)* ¡Que me estoy quedando roque!

*(Se calla. Sin ruido, vuelve de nuevo Laura. Mira al Chico, mira a César y sonrío)*

LAURA.—Le ha quitado a usted el sitio...

CÉSAR.—*(Mira al muchacho y sonrío)* Es verdad. Ya no me queda nada...

*(Él baja los ojos. Ella sonrío)*

LAURA.—¿Vamos?

CÉSAR.—(*Un silencio. Mirándola*) Sí... Vamos.

*(Él la coge del brazo. Andan. Antes de llegar a la salida, Laura se detiene, inquieta)*

LAURA.—Pero ¿vamos a dejar aquí a ese desgraciado?

CÉSAR.—(*Absorto*) ¡Laura!

LAURA.—Se queda tan solo, tan solo. Es un chiquillo.

CÉSAR.—(*Aterrado*) Pero, Laura... ¿Este también?

LAURA.—(*Sonríe, suplicante*) ¿Por qué no?

*(César suspira y cruza la escena. Llega hasta el Chico y le zarandea)*

CÉSAR.—¡Eh! Tú... Levántate.

CHICO.—(*Sobresaltadísimo*) ¡Maldita sea! Me ha cogido en el primer sueño.

CÉSAR.—Vamos. Vente con nosotros.

CHICO.—¿Quién, yo? ¡Ni hablar!

CÉSAR.—Te digo que vengas...

*(César coge al Chico de un brazo y le conduce. El Chico está aterrado)*

CHICO.—¡Oiga! ¡Que no he hecho nada! ¡Le juro que soy inocente! En la Comisaría del Distrito me conocen y saben que, cuando soy yo, lo digo...

CÉSAR.—¡No grites!

CHICO.—(*A gritos*) ¡Soy inocente! ¡Soy inocente! Le juro que soy inocente...

*(Pero se lo llevan)*

TELÓN

## ACTO SEGUNDO

Cuarto de estar en la planta baja de un hotel particular enclavado en una colonia de los alrededores de Madrid. Todo, respondiendo a la más actual arquitectura, es cómodo, alegre y luminoso. La parte del fondo, en su mitad izquierda, penetra algo en escena, formando, en planta, como un ángulo de cristales que separa la habitación del porche enlosado de piedra. En el porche hay muchas plantas verdes y algunas flores. Al fondo, cielo azul –es una mañana radiante–, árboles y, entre los árboles, la perspectiva de algunos hotelitos distantes que se pierden en la lejanía. En el porche hay muebles de jardín: silloncitos de hierro, pintados de blanco, con almohadones rojos, verdes o azules, y una mesa redonda con tapa de cristal. En la segunda mitad del fondo –la derecha– se encaja una pequeña escalera, de muy ágil y gracioso trazado, que termina a media altura, y en cuyo final hay una meseta. Esta meseta tiene una puertecita, naturalmente, en el fondo. Abajo, al pie de la escalera, hay un gran sofá, tapizado de un vivo estampado, y dos sillones. Delante del sofá, una mesita. En el lateral derecha, una puerta. A la izquierda, un arco sencillo que da paso a otras habitaciones.

*(Cuando se levanta el telón no hay nadie en escena. Pícan alegremente algunos pájaros en el jardín. Un reloj, dentro, toca suavemente las diez. De pronto, se abre la puertecita de la meseta y surge Cris. Con el rostro muy alegre, baja los peldaños y se dirige a la puerta de la derecha, donde llama con los nudillos)*

CRIS.—Buenos días, señor Pepe. ¿Se ha despertado usted ya? ¡Señor Pepe! Ande, ande, levántese y no sea dormilón... ¡Dese prisa!

*(Asoma el Señor Pepe, muy alarmado)*

PEPE.—Oye... ¿Es que nos echan?

CRIS.—¡Ay, no!

PEPE.—¿Todavía no?

CRIS.—Pero, señor Pepe... ¿Qué está usted diciendo?

PEPE.—Mira, hija. Es que a mí me da el corazón que nos van a poner en la calle de un momento a otro...

CRIS.—*(Indignadísima)* ¡Señor Pepe! ¡Qué desconfiado es usted!

(*El Señor Pepe se sienta en el sofá, lleno de confusiones*)

PEPE.—Si es que no me acabo de creer todo lo que nos está pasando desde anoche. ¡Ea! Si es que todavía no me explico cómo hemos caído aquí tú y yo y los otros. Si es que, en cuarenta años de taxista, me han pasado muchas cosas, pero como esta, ninguna...

CRIS.—Vamos, vamos. ¿Quiere usted callarse? ¿Todavía no ve usted que todo lo que pasó anoche en El Café de las Flores ha sido como un milagro? (*Mirando en torno, satisfechísima, en un éxtasis jubiloso*) Sí, señor Pepe. Un milagro. Por eso estamos aquí...

PEPE.—Entonces, ¿es de veras?

CRIS.—¡Sí!

PEPE.—¿Nos quedamos?

CRIS.—¡Sí!

PEPE.—¿Y nos darán de comer?

CRIS.—¡Todos los días!

PEPE.—¡Qué barbaridad!

CRIS.—Y a todas las horas que queramos...

PEPE.—¡Qué abuso!

CRIS.—Porque en esta casa hay de todo. ¡Ay, qué casa, señor Pepe! Hay un cuarto de baño, con espejos por todas partes, que se ve una repetida la mar de veces. Como que he tenido que cerrar los ojos para darme una ducha, porque me moría de vergüenza delante de tanta gente...

PEPE.—Pero ¿te has dado una ducha? (*Con sincera admiración*) Lo que es la juventud...

CRIS.—(*Con embeleso*) ¡Ay, sí! Me he dado una ducha como una señorita: sin regadera y sin barreño...

PEPE.—Por lo visto, es una casa con todos los adelantos...

CRIS.—Sí, señor. Y, además, estamos todos juntos, que hay que ver el sosiego que le entra a una de saber que no está sola. Cuando pienso en las congojas que he pasado en aquella alcoba de la calle de la Ballesta... Esta noche me dormí tan feliz que hasta he soñado y todo. Figúrese usted que iba yo paseando por toda la Costa Azul, con una sombrilla y un traje de baño de esos que están prohibidos, porque en la Costa Azul, para no llamar la atención, hay que ir muy exageradita, cuando de pronto va y se me acerca Gary Cooper y me dice: «¡Señorita! ¿Quiere usted que le lleve la sombrilla?».

PEPE.—¿Eso te ha dicho?

CRIS.—Eso mismo. Y entonces, voy yo y le contesto: «Caballero, eso depende de sus intenciones».

PEPE.—¡Bien contestado! ¡Ea!

CRIS.—Y no sé qué ha pasado después, porque se me ha borrado la Costa Azul; era la señorita Laura, que me ha dado un beso y me ha dicho: «Buenos días, Cris». ¿Se da usted cuenta? Buenos días, Cris. Y un beso. Lo que es no estar sola...

PEPE.—(*Conmovido*) ¡Chica! ¿Vas a llorar?

CRIS.—¿Cómo no voy a llorar, si eso no me ha pasado nunca? Nunca, señor Pepe, nunca. Como que estoy deseando que aparezca la señorita Laura por ahí para comérmela a besos. ¡Vamos! Y todavía no quiere usted creer que todo es un milagro...

PEPE.—¡Je!

*(Por la izquierda asoma el Chico, que llama la atención prudentemente)*

CHICO.—¡Chiss! ¡Abuelo! No sé si se habrán ustedes dao cuenta.<sup>10</sup> Pero esta casa es una mina...

PEPE.—¡Caray!

CHICO.—¡Chiss! Ahí dentro, encima de la consola, hay un reloj que, mal vendido, dan mil pesetas. Y un cuadro muy feo, de esos que están todo borrosos y no se distingue nada... Debe ser del Greco. Lo menos cincuenta duros. ¡Seguro! Porque de eso entiendo yo un rato... ¡Ay, madre mía, qué bien lo vamos a pasar!

PEPE.—Oye, oye...

CRIS.—¡Ay, señor Pepe!

CHICO.—(*Entusiasmado*) ¡Huy!

*(Cuando se dispone a salir por la derecha, el Chico se detiene ante un mueble y, con mucho mimo, toma entre sus manos un pequeño jarroncito)*

¡Qué lástima! Está nuevo y no lo toman. Habrá que romperle un piquito para que parezca isabelino...

*(Sale. La chica y el viejo se miran, impresionados)*

<sup>10</sup> M dice, esta vez sí: *dao cuenta*. Puede ser errata, puesto que no hay más casos; pero lo mantengo puesto que, que a diferencia del Señor Pepe y Cris, en el caso del Chico puede haber intención estilística por parte del autor.

PEPE.—¿Has oído? Lo que sabe este chico de antigüedades...

CRIS.—(*Asustadísima*) ¡Señor Pepe! Ese es un sinvergüenza...

PEPE.—Sí, hija... De primera.

*(Asoma de nuevo el Chico)*

CHICO.—¡Abuelo! (*Tiernamente*) Me ha sido usted simpático...

PEPE.—¡Hombre! Muchas gracias... Es favor.

CHICO.—Y no puedo, ea. Tome usted.

PEPE.—¿Qué me das? (*Transición, indignadísimo*) ¡Ay! ¡Mi cartera! ¡Es mi cartera!  
¡Me ha robado la cartera!...

CRIS.—¡Chico!

PEPE.—¡Granuja! ¡Golfo! ¡Sinvvergüenza!

CHICO.—Bueno, bueno. (*Modestamente*) Pero si no tiene importancia. Son juegos de sociedad. Un poco de ejercicio para no perder la forma...

*(Y se va tan satisfecho. Cris y el Señor Pepe están muy apurados)*

CRIS.—¡Corra, señor Pepe! No le deje usted solo, que si termina el inventario estamos perdidos...

PEPE.—Descuida, hija. Haré lo que pueda.

*(Sale por donde marchó el Chico. Al mismo tiempo aparece Marta en el porche)*

MARTA.—Laura, Laura...

CRIS.—¡Señorita Marta!

MARTA.—Hola, Cris. Estoy buscando a Laura y no la encuentro por ningún sitio.  
¡Ay, Cris! ¡Qué fantástico es todo esto! ¡Qué casa! Hay una piscina en el jardín. Y unos árboles que dan una sombra de maravilla. Lo malo es que César está gruñendo porque dice que los árboles le estorban para pintar el paisaje... ¡Ay, Cris, qué feliz soy!

CRIS.—¡Señorita! ¿Va usted a llorar?

MARTA.—¡Claro! ¿No ves que estoy muy contenta?

CRIS.—(*Comprensiva*) Entonces, ¿es que usted llora de todas maneras?

MARTA.—Sí, hija. Casi siempre...

*(En el porche aparece Laura. Tiene el rostro radiante. Viene de la calle, con sombrero. Trae numerosos paquetes de distintos*



*tamaños y un ramo de flores. Al verla, Marta y Cris corren hacia ella)*

LAURA.—¡Buenos días!

CRIS.—¡Señorita!

MARTA.—¡Laura!

LAURA.—Hola, Cris. Marta, querida... He salido para hacer unas compras... Nada. Cuatro cositas. Lo más urgente. Pero venid aquí. A ver esas caras... ¿Estáis contentas?

CRIS.—¡Huy, señorita!

MARTA.—Y lo pregunta usted...

LAURA.—¡Magnífico! Así me gusta. Yo os prometo que, en esta casa, todos vamos a ser muy felices... Ya veréis, ya veréis. Esta noche he hecho tantos proyectos... ¡Y estoy tan contenta...! Toma, Cris. Este paquete es para el señor Pepe. Este, para el chico... Esto, para ti.

CRIS.—¿Para mí?

LAURA.—Vas a estar preciosa. Ya verás.

CRIS.—¡Ay, Virgen!

LAURA.—¡Corre!

CRIS.—Sí, señorita.

*(Sale Cris, gozosísima, con el montón de paquetes, por la derecha. Quedan solas Marta y Laura)*

LAURA.—Todo esto para César. Whisky, cigarrillos, libros, periódicos... Creo que los artistas necesitan muchas cosas superfluas para hacer algo útil. ¿Sabes? Para ti, en realidad, no sabía qué traer y te he comprado estas flores. ¿Te gustan?

*(Marta toma sus flores, las huele, se queda mirando a Laura y se echa a llorar)*

MARTA.—Son preciosas... Preciosas.

LAURA.—Pero, mujer... ¿Por qué lloras?

MARTA.—Porque es la primera vez que me regalan flores sin mala intención...

LAURA.—¡Oh! ¿De veras?

MARTA.—Usted no sabe lo que es la vida de una pobre chica como yo, que está sola, que no tiene a nadie...

LAURA.—¿Por qué no voy a saberlo? (*Sonríe con ternura y la atrae*) ¿No sabes que en el fondo de toda mujer hay siempre una pobre chica capaz de comprender a otra pobre chica? Un ramo de flores, una caja de dulces o un buen perfume, todo eso, tan bonito, ¡qué amargo es cuando va envuelto en una súplica o en una exigencia! Pero la pobre chica no tiene más remedio que aceptar. ¡Porque se vuelve loca por las flores, por los dulces y por los perfumes! Cuando la invitan a cenar, ella bien sabe por qué la invitan, pero no tiene fuerzas para negarse. Es tan bella la noche en un restaurante de lujo... De pronto, la pobre chica, nota que va a saltársele una lágrima. Y entonces cierra aprisa los ojos y se pregunta a sí misma que por qué la vida es como un hermoso cuento de hadas... que está prohibido.

MARTA.—Calle, por Dios, ¡Cállese!

LAURA.—¿Ves como una mujer siempre puede comprender a otra mujer? ¡Pobre Marta, pobre chica, que todo lo sueña, que todo lo desea! Cuando él entró aquella mañana en la tiendecita de la calle de Serrano, creíste que era el final de toda esa vida... ¿No es eso?

MARTA.—Sí...

LAURA.—Lo comprendo. (*Sonríe*) Además, no se puede negar que es muy atractivo...

MARTA.—¡Ay! ¿Cómo lo sabe usted?

LAURA.—Mujer... Eso no se pregunta. Las mujeres siempre nos enamoramos de un hombre porque es guapo o porque a nosotras nos lo parece, que es lo mismo. Claro que también hay eso que se llama un amor espiritual. Bueno. Pero cuando nos enamoramos de un hombre muy espiritual, procuramos que sea lo más guapo posible...

MARTA.—Yo creía que él sería el último y el único!

LAURA.—Yo también...

MARTA.—¡Ah! ¿Sí?

LAURA.—Sí... Las mujeres queremos siempre así. Para siempre. Somos fieles por naturaleza. Yo, la verdad, compadezco a esas mujeres que engañan a sus maridos. Creo que los engañan porque no tienen más remedio. Pero estoy segura de que a las pobrecillas les cuesta muchísimo trabajo...

MARTA.—Yo, ¡pobre de mí!, hasta había llegado a soñar que nos casaríamos en Barcelona. Como Mallorca está tan cerca...

LAURA.—¡Oh!

MARTA.—Sí... Soñé todo eso. Porque le quería. Porque le quiero.

LAURA.—¿Tanto?

MARTA.—¡Sí! Esta mañana, al levantarme, llamé por teléfono a la tienda, a «Mariluz», y di las señas de esta casa. Porque aún es posible que él vaya allí a buscarme...

LAURA.—¡Calla! ¿Quieres?

*(Laura se levanta y da unos pasos hacia el porche)*

MARTA.—¡Laura! Espere... ¿Y usted? ¿Está usted enamorada?

LAURA.—¡Con toda mi alma!

MARTA.—*(Muy contenta)* ¡Como yo!

LAURA.—Sí, hija. Me parece a mí que tú y yo coincidimos en todo...

MARTA.—¿Es aquel que le hacía el amor en El Café de las Flores?

LAURA.—Sí... Aquel. No he querido a otro. ¿Sabes?

MARTA.—¿Dónde está?

LAURA.—Se marchó anoche...

MARTA.—¡Qué sinvergüenza!

LAURA.—Se despidió de mí aquí mismo, en esta habitación. Todavía le veo; todavía le oigo: «Laura, el amor no es eterno. Compréndelo. Es mejor separarnos ahora. Quizá después, más adelante, cuando pase el tiempo, todo vuelva a empezar de nuevo...».

MARTA.—¡Dios mío! Pero ¿se puede hablar así a una mujer?

LAURA.—Sí, hija. Ahora, sí. Antes los maridos engañaban a sus mujeres con muchísimo respeto. Pretextaban un viaje a París, y, a la vuelta, hasta les traían un abrigo de pieles... Ahora ni siquiera nos engañan. Dicen la verdad. Dicen: «Ya no te quiero». *(Transición)* Yo le oía temblando, con un deseo infinito de echarme a sus pies y pedirle de rodillas que tuviera lástima de mí, que no se fuera, que no me dejara sola. Pero no pude. Me dio un beso; el último. Y se fue.

MARTA.—¿Adónde?

*(Laura se vuelve, la mira y sonrío)*

LAURA.—¡Qué importa eso! Probablemente también tenía una cita en El Café de las Flores con una pobre chica como tú...

MARTA.—*(Experta)* Alguna fresca...

LAURA.—¿Tú crees?

MARTA.—¡Seguro! Hay por ahí cada niña de esas que viven su vida...

LAURA.—Pero si ella no tiene culpa de nada... Ella, la pobre, solo tiene un enorme deseo de que la quieran.

MARTA.—¡Ah! Entonces... (*Transición*) Pobrecita. Ya ve usted, no la conozco y me da lástima.

LAURA.—(*Con ternura*) Y a mí también, Marta. Te aseguro que me da mucha lástima... (*Transición. Bruscamente va hacia la muchacha*) ¡Marta! No pensemos. No nos preguntemos más los unos a los otros. No importa quiénes somos ni de dónde venimos. Lo que importa es que estamos aquí, juntos, unidos. Sé que esta aventura es casi una locura. No tiene eso que la gente llama sentido común. Cuando yo era una chiquilla, siempre que mi madre me decía: «¡Laura! Ten sentido común», yo me echaba a llorar, porque el sentido común era siempre renunciar a algo muy bonito que yo soñaba. Desde entonces, odio ese sentido común de tanta gente que hace la vida estúpida y cruel. Esta casa, nuestra casa, Marta, será desde hoy un mundo aparte. En la vida, fuera de aquí, pasan a diario tantas cosas vulgares que hacen llorar... Desde hace miles de años, las gentes sufren por las mismas razones, separados unos de otros. Nosotros le haremos frente a la vida juntos, muy juntos...

MARTA.—(*Impulsivamente*) ¡Sí, Laura! Lo que usted quiera. Todo lo que usted quiera...

*(Aparece César en el porche. Se queda mirándolo todo con un mal disimulado ensimismamiento. Entra. Se dirige al sofá y se sienta ante la mesita)*

CÉSAR.—(*Hosco*) Buenos días.

LAURA.—Buenos días, César...

*(César contempla los objetos que hay sobre la mesita. Con una tremenda mordacidad)*

CÉSAR.—Whisky escocés, cigarrillos americanos y una novela francesa...

LAURA.—Bueno. (*Amablemente*) Tenga usted en cuenta que esta es una casa muy española...

CÉSAR.—¡Y qué casa! Todo es refinamiento; todo es lujo... Todo es comodidad (*Mirando a todas partes francamente encantado*) Es un asco.

MARTA.—¡Ay! Usted disculpe, Laura. Pero este hombre me pone nerviosísima. No lo puedo remediar.

*(Sale Marta, por la izquierda. Solos, Laura y César. Una pequeña pausa)*

LAURA.—Siento muchísimo que no le guste a usted mi casa...

CÉSAR.—¡Bah! No se preocupe. A pesar de todo, creo que podré acostumbrarme.

LAURA.—Muchas gracias.

CÉSAR.—De nada. Claro que habrá que hacer algunas reformas...

LAURA.—(*Con alarma*) ¿Usted cree?

CÉSAR.—¡Sí! No hay más remedio. Por lo pronto, arrancaremos los árboles del jardín...

LAURA.—(*Muy asustada*) ¡Ay, eso no ! Los árboles, no.

CÉSAR.—(*Enérgicamente*) ¡Le digo a usted que sí! Voy a pintar un paisaje y me estorban los árboles...

LAURA.—Pero, hombre, si con los árboles puede usted pintar un paisaje precioso. Yo he visto cuadros monísimos con árboles por todas partes, y un estanque en el centro con una barca, y muchos cisnes alrededor de la barca...

CÉSAR.—(*Con un escalofrío*) ¡Señora! Tiene usted una lamentable mentalidad artística...

LAURA.—(*Tímidamente*) ¿No le gustan los cisnes?

CÉSAR.—¡Puaf! Todo eso pertenece a la vieja escuela. Pintura para burgueses decadentes. Yo quiero pintar Castilla. ¿Me oye? Esa Castilla seca, recia y dura...

LAURA.—Pero, César, ¡que estamos en Madrid! Esto no es Castilla...

CÉSAR.—(*Estupefacto*) ¡Ah! ¿No? Entonces, ¿dónde cree usted que está Castilla?

LAURA.—Pues qué sé yo... en el campo. Cerca de Burgos.

CÉSAR.—¡Señora!

LAURA.—Pero en mi casa, de ninguna manera... Pues no faltaría más. (*Recapitulando*) ¡Ay, Dios mío! Si es que no sé lo que digo... ¿De verdad, de verdad, es preciso que cortemos esos árboles?

CÉSAR.—¡Sí!

LAURA.—Está bien. (*Con un suspiro*) Los cortaremos.

CÉSAR.—Bueno. También son necesarias algunas reformas en el interior. Pero nada de particular. Tirar algún tabique, abrir más ventanas. Hace falta luz, mucha luz.

LAURA.—(*Suspirando*) ¿Nada más?

CÉSAR.—Nada más. Ya le dije que era cosa de poco. ¡Ah! Tengo que poner en su conocimiento algo muy importante. Si de verdad tiene usted interés en que yo continúe en su casa, le ruego que me destine una habitación para mí solo. Esta noche he dormido entre un taxista y un maleante. El chófer se ha pasado la noche soñando en voz alta. Al parecer, es uno de sus muchos encantos. El maleante huele que apesta.

*(Un silencio. Laura baja la cabeza y sonríe)*

Bien...  Por qué no dice usted algo? Supongo que después de todas estas impertinencias me pondr  usted en la calle.

LAURA.— No!

CÉSAR.— Ah!  No?

LAURA.—Todavía, no...

CÉSAR.— Por qué espera usted?

LAURA.—Una curiosidad. Quiero saber cómo es usted cuando se le caiga la máscara...

CÉSAR.— Mi máscara?

LAURA.— S ! Esa máscara de insolencia, de malhumor y de soberbia...

CÉSAR.—*(Inmóvil)*  Laura!

LAURA.— Cree que no me he dado cuenta de que todo eso es una mentira? Anoche, cuando llegamos aquí, se le saltaron las lágrimas como a un niño. Porque eso es lo que es usted. Un niño. Un niño grande, mal educado y rabioso. Un niño que se muere de pena porque no tiene juguetes, ni mimos, ni caricias, ni siquiera una cama donde dormir...  Por qué no es usted sincero?  Por qué finge hasta la crueldad?  Por qué no dice que lo que necesita es cariño, cariño y cariño?  Por qué mente?

*(Un silencio. César baja la cabeza. Luego la mira intensamente. Con poca voz)*

CÉSAR.—Porque no tengo más remedio... Porque tengo que defenderme.  Sabe? Porque si de verdad le dijera todo lo que siento en este momento me echaría a sus pies, llorando como un imbécil. Porque esta soberbia mía es lo único que me ampara de la compasión de los demás. Esa compasión que no puedo, que no quiero soportar... *(Se deja caer en un sillón).*

LAURA.—*(Sobrecogida)*  C sar!

CÉSAR.— Laura! Yo soy un fracasado...

LAURA.— No! Eso, no.

CÉSAR.—S ...  No quería usted arrancarme la máscara? Pues esta es la verdad.  Soy un fracasado! Uno de tantos. He trabajado, he luchado, he soñado.  Comprende? Pero ha sido inútil. Cuando me oiga usted contar mis éxitos en París y en Roma piense usted que es todo mentira. Piense usted que la única verdad son muchos años de pena, de mentira y de soledad... Muchas lágrimas de coraje y de envidia derramadas en buhardillas sucias y en pensiones de mala muerte, y, por fin, desde hace tres noches, en la calle...

LAURA.—¡Calle! No siga. ¡Dios mío! ¡Qué débil es! ¡Qué desamparado está!

CÉSAR.—¡Sí! Ya puede usted compadecerme. Ya puede tener lástima de mí. ¿No era eso lo que quería?

LAURA.—¿Quiere usted callar?

*(Él ha escondido la cabeza entre las manos. Ella se acerca y le pone una mano en un hombro)*

¡César! Usted no es un fracasado. ¡Usted tiene talento!

*(César alza los ojos y la mira con cierta esperanza)*

CÉSAR.—¿Se me nota?

LAURA.—¡Sí! Basta con mirarle a los ojos. ¡Luche! No pierda la fe. Tiene usted derecho a triunfar y triunfará...

CÉSAR.—*(Ilusionándose progresivamente)* ¿Usted cree?

LAURA.—¡Sí!

CÉSAR.—¡Dígamelo, Laura! ¡Dígamelo otra vez!

LAURA.—¡Sí, César! Estoy segura de que es usted un gran artista. Debe usted pintar maravillosamente. Por lo menos, por lo menos pinta usted como Velázquez...

CÉSAR.—*(Algo molesto)* ¡Caramba! ¿Por qué me compara usted con Velázquez?

LAURA.—¿No le gusta?

CÉSAR.—Nada. *(Con sincera repugnancia)* Es un pintor reaccionario...

LAURA.—Bueno. Pues si no le gusta Velázquez, pongamos que pinta usted como Picasso...

CÉSAR.—*(Mohíno)* Picasso está muy anticuado.

LAURA.—*(Riendo)* ¡Oh!

CÉSAR.—*(Con humildad)* ¿Se burla?

LAURA.—No... *(Mirándole)* Escuche, César. ¿Me promete usted que desde hoy volverá a soñar?

CÉSAR.—¿Lo quiere usted?

LAURA.—¡Se lo suplico con toda mi alma!

CÉSAR.—*(Ilusionado)* Sí... Entonces, sí. A veces yo también creo que todavía es tiempo. Después de todo, no puedo, no quiero darme por vencido. *(De pronto)* ¡Laura!

LAURA.—*(Alegrísima)* ¿Qué?

CÉSAR.—¡Voy a pintar su retrato!

LAURA.—¿De veras? ¡Ay, qué alegría!

CÉSAR.—Bueno. Pero no se haga usted ilusiones... Mis retratos nunca se parecen.  
 LAURA.—Ya, ya me lo figuro. Eso se queda para Velázquez...

*(Se miran. Se ríen. Un momento)*

¡César!

CÉSAR.—Laura...

LAURA.—¿No hay una mujer en su vida?

CÉSAR.—No...

LAURA.—¿Nunca?

CÉSAR.—Una vez. En París. Me hizo compañía durante algún tiempo. Pero se cansó de esperar el triunfo que no llegaba. Y se fue...

LAURA.—Es extraño...

CÉSAR.—¿Por qué?

LAURA.—No comprendo a esa mujer...

*(Sale. César se queda mirándola como en éxtasis.  
Emocionadísimo)*

CÉSAR.—Laura... ¡Laura! ¡Oh!

*(Sube las escaleras de dos en dos. Desaparece por la puertecita de la meseta. Queda, por un segundo, la escena sola. Y en el porche surge la figura de Gonzalo. Es un hombre joven todavía, de grata presencia, que viste con elegante desaliño. Quizá tiene algunas canas, pero ello no le resta juventud en absoluto. Entra con bastante recelo, comprueba que no hay nadie en la estancia y toca un timbre. A los pocos momentos entra Rita. Una doncella joven. Y al descubrir a Gonzalo se da un gran susto)*

RITA.—¡Ayyy! ¡El señor!

GONZALO.—El mismo. Pero no grites. No soy un fantasma ¿Por qué ese susto?

RITA.—Pero si anoche se despidió el señor diciendo que se iba a Barcelona...

GONZALO.—Justo. Eso fue anoche, a las once, hija mía. Pero a las once y media se me paró el coche en la calle de Velázquez... Lo de siempre: el carburador. Cuando tengo una avería, como no sé arreglarla, me pongo a pensar. Y pensando, pensando, comprendí que el viaje a Barcelona era una enorme locura. ¿Y qué quieres, Rita? Tuve miedo y decidí no ir a Barcelona. ¿No dicen que es de sabios cambiar de opinión?



RITA.—¡Claro! Pero el señor no es un sabio...

GONZALO.—(*Ofendidísimo*) ¡Caramba! ¿Y tú qué sabes?

RITA.—¡Ay! Entonces, ¿dónde ha pasado el señor la noche?

GONZALO.—En un hotel. Dije que era americano y me dieron habitación... Tampoco podía volver aquí anoche, compréndelo. Era demasiado pronto. Además, esta noche a solas conmigo mismo ha sido decisiva para mi vida... (*Con repentino entusiasmo*) ¡Rita! Ven aquí. Eres la primera persona con quien cruzo la palabra al volver a mi casa y no tengo más remedio que hacerte a ti mis confidencias. Rita, yo ya he cumplido cuarenta años...

RITA.—¡Cuarenta y cinco!

GONZALO.—(*Muy curioso*) ¿Cómo lo sabes?

RITA.—Porque la cocinera no se fía de nadie y lo tiene todo apuntado...

GONZALO.—¡Qué barbaridad! (*Transición*) Bien. En realidad, ¿qué importan cuarenta o cuarenta y cinco años? Lo interesante es que yo ya he llegado a esa edad en que un hombre debe de mirar hacia dentro, hacía sí mismo, y decirse: ¡Gonzalo! ¿Qué puede ofrecerte de nuevo la vida? Nada, absolutamente nada. De ahora en adelante, todo lo que te suceda ya te habrá sucedido antes otra vez. La vida es muy poco original: todo se repite. Se repite la primavera y se repite la Navidad, y la Fiesta del Dos de Mayo se celebra todos los años para que se enteren los franceses... Pues ¿y la desesperante monotonía del amor? No hay más que dos clases de mujeres: las que se enamoran de uno y las que se enamoran de los demás. A los hombres nos gustan las que se enamoran de los otros, y es muy natural, porque las que se enamoran de uno se ponen pesadísimas... Porque me río yo de eso que llamamos una gran pasión. Pero, hombre, ¿es que no sabemos todos que una gran pasión es una lata que no se le puede recomendar a nadie? (*Con aire de triunfo*) Pues bien: ¡todo eso acabó!

RITA.—¿De verdad, señor?

GONZALO.—¡Sí! Estoy cansado de esta vida mía, en la que todo empieza a repetirse. Esta noche he reflexionado mucho y he resuelto vivir en paz... Nada menos. Desde hoy, me encierro aquí, en mi casa, con mi mujer. No más aventuras. No, no más emociones. ¡Tranquilidad! Por suerte, estamos en las afueras de Madrid y hasta aquí no llegan los ruidos del mundo. ¡Qué feliz voy a ser en esta paz! Pero, Señor, ¿cómo no me he dado cuenta hasta hoy de que en mi casa había tanta tranquilidad?

*(Se abre la puerta de la meseta y, ante el estupor de Gonzalo, baja César las escaleras, ligero, felicísimo, tarareando muy bajito una cancioncilla, y se dirige a la puerta de la derecha)*

¡Oiga!

CÉSAR.—(*Indiferente*) ¿Es a mí?

GONZALO.—¡Sí! A usted. ¿Adónde va?

CÉSAR.—¡Caramba! ¿Y a usted qué le importa?

(*Sale tranquilamente. Gonzalo, en pie, está boquiabierto*)

GONZALO.—¿Has oído?

RITA.—¡Sí, señor!

GONZALO.—¡Dice que a mí qué me importa! ¡Y me lo dice en mi propia casa un individuo a quien no conozco! (*Transición*) ¡Rita! ¡Pellízcame!

RITA.—(*Con dignidad*) ¡Ay, no señor! Si lo que quiere el señor es aprovecharse de una servidora...

GONZALO.—(*Furioso*) ¡Te digo que me pellizques!

(*Surge otra vez César y se dirige resueltamente hacia la doncella*)

CÉSAR.—Oye... ¿Para qué se usa ahora esta habitación?

GONZALO.—(*Estallando*) ¡Dile que a él qué le importa!

CÉSAR.—(*Con severidad*) ¡No digas groserías!

RITA.—(*Muy impresionada*) No, señor.

CÉSAR.—Y dile a ese señor que se calle.

RITA.—Sí, señor. (*A Gonzalo*) ¡Cállese usted!

GONZALO.—(*Boquiabierto*) Pero, Rita...

RITA.—(*Apuradísima*) ¡Ay, Dios mío!

CÉSAR.—Vamos, vamos. ¿Quieres decirme de una vez para qué se emplea esta habitación?

RITA.—Pues en esta habitación nunca hay nadie. Como es el cuarto de estar...

CÉSAR.—¡Ah! Pues se acabó. Aquí pondré yo mi estudio. Porque yo necesito un estudio para trabajar. ¡Y voy a trabajar muchísimo!

(*César, al salir apaciblemente hacia el jardín, se detiene junto a la muchacha*)

Oye. Procura que se vaya pronto ese individuo... No me gusta.

RITA.—¿No?

CÉSAR.—¡No!

(*Sale César. La muchacha se acerca a Gonzalo, muy apurada*)

RITA.—¡Ay, señor! Lo siento mucho, pero me parece que el señor se va a tener que marchar...

GONZALO.—*(Estupefacto)* ¿Quién? ¿Yo? ¿Por qué?

RITA.—Porque a ese señor no le ha sido usted simpático...

GONZALO.—¡Ah! ¿No?

RITA.—No, señor. Y cuando él lo dice...

*(Gonzalo, abrumadísimo, se deja caer en un sillón y se limpia el sudor con un pañuelo)*

GONZALO.—Esto es fabuloso, increíble. Toma posesión de mi casa, quiere convertir mi cuarto de estar en su estudio particular y, además, quiere echarme porque no le gusto... ¡Rita! ¿Quién es ese hombre?

RITA.—Pues mire usted. A este no le conozco. Pero los otros son muy campechanos...

GONZALO.—Pero ¿es que hay más?

RITA.—¡Huy! Sí, señor.

GONZALO.—¡Rita! ¿Qué ha pasado esta noche en mi casa?

RITA.—*(Muy apurada)* ¡Ay, señor! Yo no sé nada. Pero si el señor hace caso a una servidora, lo mejor será que el señor se marche en seguidita...

*(Sale casi llorando. Gonzalo se queda solo. Irritadísimo)*

GONZALO.—¡Rita! ¡Rita!

*(Atraídos por las voces de Gonzalo, surgen en la derecha Cris, el Señor Pepe y el Chico. Los tres han cambiado su indumento. Cris viste un vestido encantador. El Señor Pepe, hecho un gran señor, lleva una excelente bata, unas magníficas zapatillas y, al cuello, un gran pañuelo de seda. El Chico viste de un modo elegantemente deportivo. Un pantalón claro. Una camisa audaz y el calzado que corresponde. Los tres, muy juntos, se quedan inmóviles contemplando a Gonzalo con la más sincera sorpresa. Este, al verlos, aumenta su estupor. Se queda callado...)*

¡Oh! Por favor. ¿Quiénes son ustedes?

*(El Chico, la Cris y el Señor Pepe se miran entre sí y luego le miran a él)*

CRIS.—Pues aquí... el señor Pepe.

PEPE.—¡Je! Servidor.

CRIS.—Yo soy la Cris.

GONZALO.—Mucho gusto.

CRIS.—Una servidora para lo que usted mande. Y este es el Chico. Aquí donde le ve, es muy habilidoso para hacer juegos de manos...

CHICO.—(*Muy servicial*) ¡Huy! ¿Quiere que le haga uno?

CRIS y PEPE.—(*Al tiempo*) ¡No!

GONZALO.—Un momento, un momento. Lo que yo quiero saber es por que están ustedes aquí...

CRIS.—¡Toma! Porque estamos solos en el mundo...

GONZALO.—¿De veras?

CRIS.—(*Muy risueña*) ¡Sí, señor!

GONZALO.—Pero ¿los tres?

TODOS.—¡Sí, sí! ¡Los tres!

*(El Señor Pepe, la Cris y el Chico se sientan satisfechísimos.  
Gonzalo los mira impresionado)*

GONZALO.—¡Vaya por Dios! Cuántas penas hay en esta vida... (*Ya francamente interesado*) ¿Y son ustedes muy desgraciados?

PEPE.—(*Encantado de la vida*) ¡Huy! Para qué le vamos a usted a contar...

CHICO.—(*Satisfechísimo*) ¡Anda! ¡Que si somos desgraciados!

CRIS.—(*Igual*) Mucho, mucho... ¡Más desgraciados que nadie!

GONZALO.—¡Qué barbaridad! Pobrecillos... (*Atónito*) Pero, de todos modos, lo que no comprendo bien es por qué están ustedes precisamente aquí, y no en el hotel de al lado, por ejemplo...

CRIS.—¡Hombre! Porque tenía que ser aquí.

PEPE.—¡Claro! Y mire usted: yo me encuentro tan bien y tan ricamente que ya no hay quien me eche...

GONZALO.—¿Está usted seguro?

PEPE.—¡Je! ¡Segurísimo!

*(Cris se adelanta como respondiendo a una inspiración  
repentina)*

CRIS.—¡Oiga! ¿Es que, por causalidad, usted también está solo en el mundo?

GONZALO.—(*Sorprendido*) ¿Yo? Pues qué quiere que le diga... Ahora me parece que sí.

CRIS.—(*Encantada, aplaudiendo*) ¡Bravo! ¡Bravo! ¿Han oído ustedes? ¡Otro que está solo en el mundo!

PEPE.—¡Otro! ¡Otro!

CHICO.—(*Encantado*) ¡Otro desgraciado! ¡Ay, qué suerte!

(*Los tres se sienten felicísimos. La chica y el viejo se acercan a Gonzalo y le dan palmaditas en la espalda. El Chico le estrecha la mano vigorosamente*)

¡Enhorabuena!

GONZALO.—¡Hombre! ¿Usted cree?

CRIS.—Vamos, hombre. Pero ¿por qué no nos ha dicho antes que estaba solo en el mundo? Siéntese aquí...

PEPE.—Eso, eso...

LOS TRES.—Hala, hala...

CRIS.—Póngase a gusto. Como si estuviera en su casa.

GONZALO.—Gracias, muchas gracias. Estoy muy impresionado... La verdad es que yo no esperaba esta acogida, ni muchísimo menos.

CRIS.—(*Sentimental*) Pobrecillo... Se ha emocionado.

TODOS.—Pobre, pobrecito...

CRIS.—Oiga. ¿Y está usted solo desde hace mucho tiempo?

GONZALO.—Pues... ¿Quién puede decir dónde acaba y dónde empieza la soledad? Está uno alegre cuando los demás están tristes. Se entristece uno cuando los demás se ponen alegres. ¿No es la peor soledad la que sufre el hombre rodeado de gente?

CRIS.—¡Ya está! Eso es que usted tiene mucha vida interior...

GONZALO.—Eso es. Pero ¿tú sabes lo que es vida interior?

CRIS.—Sí, señor. Los berrinches que se da una sin que se entere nadie...

GONZALO.—(*Muy admirado*) ¡Lo que sabe esta chica!

(*Aparece Marta por el arco de la izquierda. Al ver a Gonzalo se queda inmóvil, tensa por la sorpresa, casi sin voz*)

MARTA.—Gonzalo...

TODOS.—¿Eh?

(*Gonzalo se pone en pie lívido, como ante una aparición sobrenatural*)

GONZALO.—Marta... Tú.

*(Todos los demás han enmudecido contemplando a Marta y a Gonzalo, estupefactos)*

MARTA.—¡Gonzalo! Eres tú... ¡Tú! Has venido.

*(Corre y se refugia apasionadamente en sus brazos)*

¡Oh, Gonzalo, Gonzalo! Si yo sabía que vendrías... Si el corazón no me engaña. Si por eso llamé a «Mariluz». Porque estaba segura de que me buscarías. ¿Por qué no viniste anoche a nuestra cita de El Café de las Flores? ¿Por qué? *(Transición, comiéndose las lágrimas)* No, no quiero que te disculpes. Calla, calla. No quiero saberlo ahora. Después. Lo importante es que estás aquí, que has vuelto por mí...

*(Se suelta y se vuelve emocionadísima hacia los demás)*

¡Cris! Ha venido. Me quiere, Cris. ¿Lo estás viendo? ¿Te das cuenta? Me voy a volver loca de alegría...

CRIS.—¡Señorita!

MARTA.—Pero ¿dónde está Laura? Es necesario que lo sepa en seguida... Tiene que saberlo. ¡Laura! ¡Laura! Vamos. Ayúdenme a buscarla... ¡Laura!

CRIS.—Cálmese, señorita...

MARTA.—Laura, Laura...

GONZALO.—¡Marta! ¡Espera!

*(Salen por el porche del jardín, bulliciosamente, Marta, Cris, el Señor Pepe y el Chico. Al punto, bajo el arco, aparece la figura de Laura. Entra y se apoya en la pared. Baja los ojos para no mirarle o para ocultar una lágrima)*

GONZALO.—Laura.

LAURA.—¡Calla!

GONZALO.—¿Has oído?

LAURA.—Todo... Sabía que estabas aquí.

GONZALO.—¡He vuelto por ti, Laura! Porque te quiero. Porque no puedo vivir sin ti. Anoche estaba loco... Tienes que perdonarme.

LAURA.—¡Calla!

GONZALO.—¡He vuelto por ti! Te lo juro. Ni siquiera sé por qué está esa mujer en mi casa. ¡Ni todos los demás!

LAURA.—Calla... No grites. Que no te oigan. Los encontré anoche, en la terraza de El Café de las Flores... ¡En «nuestro café», como le llamábamos tú y yo cuando éramos felices! Allí estaban solos, en medio de la calle, debajo de las estrellas. En la más amarga y triste soledad. Como tú me dejaste a mí. Allí estaba también esa pobre muchacha, dispuesta a hacer una locura porque un miserable, fingiéndose libre, la había hecho el amor y en la última hora no tuvo valor para acudir a la cita decisiva.

GONZALO.—¡Oh, Laura!

LAURA.—Allí mismo comprendí que era ella. Tu cita de anoche coincidía con tu despedida de esta casa. Le habías hecho el amor en nuestro café, en tu rincón favorito: junto al piano... Y ya ves, no tuve fuerzas para odiarla. La vi tan sola, tan abandonada, tan sin culpa. Me pareció como algo mío, quizá porque en una misma noche nos habías traicionado a las dos, o quizá porque creí que alguien debía darle un poco de lo mucho que tú le habías hecho soñar...

GONZALO.—¡Perdóname, Laura! He reflexionado mucho esta noche... Todo eso acabó.

LAURA.—Todo eso acabó. Y eso es lo único que sabe resolver tu frivolidad. Pero ¿y para ella, estás seguro de que también se acabó todo? ¿No la has visto llorar de alegría creyendo que vienes a buscarla? ¿Qué haría si supiera que vienes a buscarme a mí? Y yo, ¿crees que puedo dejarla otra vez en su soledad, en medio de la calle, otra vez en tus brazos o en los de otro todavía más desaprensivo que no tenga escrúpulo en acudir a la última cita? ¿Y a los demás, crees que puedo devolverlos a su soledad, a su miseria, a su pena? ¡Ah! No. Eso, no. Desde que entraron en esta casa han dejado de ser desgraciados. Se sienten seguros, sueñan, se ríen. Son todos como niños. ¡Son dichosos! Porque creen que están viviendo un milagro... (*Transición*) ¡Gonzalo, ellos no pueden saber que tú eres mi marido!

GONZALO.—¿Qué dices? Tú eres mi mujer y esta es mi casa...

LAURA.—Calla. Si supieran que tú eres mi marido y has vuelto, si supieran que ya no estoy sola como ellos, huirían de aquí como si yo los hubiera engañado. Lo sé... Me quieren porque mi soledad me acerca a la suya. Y no puedo separarme de ellos. ¿Comprendes? Me necesitan. Duermen y no quiero que despierten... ¡Gonzalo! Si es verdad que me quieres todavía, prométeme que no les dirás a ellos que eres mi marido...

GONZALO.—Pero esto es una locura. ¿Qué pasará después?

LAURA.—No lo sé. No quiero saberlo. Solo sé lo que valen en unas cuantas vidas unas pocas horas de felicidad...

*(Entra Marta por el porche)*

MARTA.—¡Laura! La estábamos buscando...

LAURA.—Discúlpame, querida. Me entretuve hablando con Gonzalo... Como ves, no hizo falta que nos presentaras.

MARTA.—*(En voz baja)* ¿Ha hablado usted con él?

LAURA.—Un poco...

MARTA.—¿Y qué le parece?

LAURA.—*(Mirándola)* ¿A mí?

MARTA.—Sí, sí. A usted. Vamos, quiero decir que si le gusta.

LAURA.—Sí, hija. No lo puedo negar...

MARTA.—¿Has oído, Gonzalo? *(Muy contenta)* Laura dice que le gustas...

GONZALO.—¿Ah! ¿Sí? *(Ceñudo)* Pues es la primera vez que me lo dice...

MARTA.—¡Hombre! *(Riendo)* Ten en cuenta que os acabáis de conocer...

GONZALO.—¡Ah, claro! Eso es verdad.

*(Surge César en el porche y va hacia Gonzalo)*

CÉSAR.—¡Demonio! Ya me ha dicho Marta. ¡Enhorabuena!

GONZALO.—Gracias.

CÉSAR.—¿Por qué no me lo dijo usted? Pues le advierto que estuve a punto de ponerle de patitas en la calle...

GONZALO.—¡Je!

*(Entran a un tiempo, por donde se fueron, Cris, el Señor Pepe y el Chico. Todos corren y rodean a Marta, que está sentada a la izquierda)*

CRIS.—¡Señorita!

PEPE.—¡Aquí está!

CHICO.—¡Huy!

CRIS.—¿Dónde se ha metido? La hemos buscado por todas partes...

*(Laura se ve rodeada por todos ellos, los mira con cariño, entrañablemente. Luego dirige una larga mirada a Gonzalo)*



LAURA.—¿Dónde voy a estar? Aquí, con vosotros. ¿Verdad, Cris, que ya no sabríamos separarnos?

CRIS.—¡No, señorita!

LAURA.—Por cierto... Voy a darles a todos una noticia. Desde hoy tenemos un huésped más. Gonzalo se queda una temporada con nosotros... Después de todo, fuera de esta casa tampoco tiene a nadie. *(Todos se alborozan).*

TODOS.—¡Bravo! ¡Bravo!

MARTA.—*(Emocionadísima)* ¡Laura! ¿Es verdad eso? ¿Es verdad?

LAURA.—¡Claro!

MARTA.—¿Te quedas con nosotros?

GONZALO.—Sí... Me quedo. Haré lo que diga Laura.

MARTA.—*(Alegrísima)* ¡Laura de mi alma! *(Corre hacia ella y la besa).*

TODOS.—¡Oh!

*(Marta corre hacia Gonzalo. Se cuelga de su cuello y le besa también)*

GONZALO.—*(Espantado)* Pero, Marta...

TODOS.—¡Oh!

CRIS.—*(Romántica)* ¡Chico! ¿Te has fijado qué beso?

CHICO.—*(Emocionadísimo)* ¡Huy!

MARTA.—*(Ruborizada)* Ustedes disculpen. No lo he podido remediar... Es la alegría. Pero ¿qué es eso, Laura? ¿Está usted llorando?

*(Corre y se arrodilla a los pies de Laura, que se seca una lágrima)*

LAURA.—No es nada... Tú no tienes la culpa. Son viejos recuerdos.

MARTA.—¿Algún otro beso?

LAURA.—Sí... Otro beso. ¡Muchos besos!

TELÓN

## ACTO TERCERO

El mismo decorado del acto anterior. En las paredes se han colgado tres o cuatro cuadros al óleo de distintos tamaños, pero de la misma extraña técnica y de idéntica y rabiosa concepción futurista. Son aproximadamente las nueve de la noche. En el porche hay encendido un farolito. Luz discreta de pantallas en el interior.

*(En el sofá, sentada y leyendo con mucha atención una revista, está Cris. Entra por el porche el Señor Pepe. Viene de la calle, porque viste su viejo uniforme de taxista y lleva la gorra)*

PEPE.—¡Hola!

CRIS.—¿Ya está usted de vuelta?

PEPE.—¡Je! ¿Qué haces?

CRIS.—Estaba leyendo las declaraciones de esa estrella de Hollywood que acaba de llegar... Primero ha dicho que el mejor sitio del mundo para vivir a gusto es España.

PEPE.—¿Y después?

CRIS.—Después se ha vuelto a marchar a Hollywood.

PEPE.—¡Pobre! ¡Qué sino tienen algunas personas!

*(El Señor Pepe se ha sentado al lado de la chica. Esta le mira y le pregunta con ansiedad)*

CRIS.—¿Qué?

PEPE.—¡Je! Nada.

CRIS.—Pero ¿nada?

PEPE.—Ni señales. Parece que se lo ha tragado la tierra... He hecho todo lo que tú me has mandado. Pregunté por él a los camareros de El Café de las Flores. Y en el bar de al lado. Y en los puntos de taxis. Y en la comisaría. No le ha visto nadie...

CRIS.—¡Ay, Virgen! ¿Dónde se habrá metido?

PEPE.—No lo sé, chica. Mañana seguiré buscando. Y pasado... Y cuando lo encuentre, le pego una paliza... Tú verás.

CRIS.—Diga usted que sí, señor Pepe. Que bien se lo merece. Por granuja, por golfo, por infame...

PEPE.—(*Indignado*) ¡Maldita sea su estampa!

CRIS.—Mire usted que escaparse llevándose el reloj de la consola...

PEPE.—¡Calla! No me lo recuerdes...

CRIS.—¡Portarse así en una casa como esta! Hacerle eso a la señorita Laura, después de lo que ella hace por todos nosotros. ¡Lo que es la ingratitud, señor Pepe! Fugarse de aquí, donde estaba bien comido y bien vestido, y tenía una alcoba con vistas al Hipódromo, solo porque se le había metido en la cabeza llevarse el reloj de la consola. Y dejar todo esto, que es la gloria, para volver a dormir otra vez en un banco de la calle... (*Se seca una lágrima. Tiernísima*) ¡Pobrecito!

PEPE.—(*Sorprendido*) Oye, tú...

CRIS.—(*Indignada*) ¡Granuja! ¡Más que granuja! ¡Ladrón! Claro que a mí no me engañó. ¿Eh? ¡Quia! Si no había más que mirarle a los ojos para ver que era un golfo de remate. Si se le veía una frescura y un desahogo, y un... (*Transición*) ¡Señor Pepe! ¿Verdad que el Chico tiene unos ojos muy bonitos?

PEPE.—¿Cómo?

CRIS.—Pues los tiene, sí señor. Vaya si los tiene. Lo que pasa es que usted ya está viejo y no se fija en nada.

PEPE.—Oye, oye...

CRIS.—Pues, ¿y el pelo? ¿Qué me dice usted del pelo? (*Con dulcísimo entusiasmo*) Y esa gracia que Dios le ha dado para hacer juegos de manos y quitarle a usted todo sin que usted se entere de nada...

PEPE.—(*Estupefacto*) Pero, Cris. ¿Es que te has enamorado de ese golfo?

(*Cris, emocionadísima, se echa a llorar y empieza a subir los peldaños de la escalera*)

CRIS.—¡Ay, señor Pepe de mi alma!

PEPE.—¡Cris!

CRIS.—¡Ay, señor Pepe, que me parece que sí!

PEPE.—¡Mi madre!

CRIS.—¡Ay, qué desgraciada! Pero qué desgraciada soy...

PEPE.—Cris, no me llores...

CRIS.—¡Señor Pepe! ¿Cómo quiere usted que no llore con esta desgracia?

PEPE.—Que no me llores, ea. Que en cuanto me lo encuentre, de dos bofetadas le hago persona decente... Por estas. Pero no me llores, hija, no me llores...

(*El Señor Pepe sale detrás de Cris. Casi en el acto, surge César por la derecha. Viene muy contento, portador de un nuevo cuadro*)

*pintado con la misma extraña técnica de los que cuelgan de las paredes. Coloca el lienzo sobre el sofá, lo contempla muy ufano y después se dirige al arco de la izquierda y llama)*

CÉSAR.—¡Laura! (*Aparece Laura*).

LAURA.—¿Me llama usted?

CÉSAR.—¡Sí! Mire. (*Muy satisfecho, le muestra su cuadro*).

LAURA.—¡Otro!

CÉSAR.—¡Otro! Lo acabo de terminar...

LAURA.—(*Con admiración*) ¡Dios mío! Es usted infatigable. ¿Cuántos cuadros ha pintado usted en tres días?

CÉSAR.—Muchos, muchísimos. Estoy inspirado como nunca. ¡No paro! Tengo la cabeza llena de ideas. No puedo soltar los pinceles. ¿Qué? ¿Le gusta?

*(Laura contempla el cuadro con mucha atención)*

LAURA.—Muchísimo. ¡Qué casa de campo tan bonita!

CÉSAR.—(*Transición*) ¡Señora! ¿Qué está usted diciendo?

LAURA.—¡Ay! Pero ¿no es una casa de campo?

CÉSAR.—(*Con indignación*) ¡Señora! ¿Es que no está usted viendo el barco?

LAURA.—¿Qué barco?

CÉSAR.—¡Oh!

LAURA.—De manera que ahí hay un barco...

CÉSAR.—¡Sí!

LAURA.—¿Inglés o americano?

CÉSAR.—(*Enfadadísimo*) ¿Y eso qué importa?

LAURA.—¡Ay! Ya lo creo que importa. Cuando yo era niña teníamos en casa un cuadro precioso con un barco. Pero se veía con toda claridad que el barco tenía matrícula de Bilbao...

CÉSAR.—¡Oh!

LAURA.—Y ya ve usted. A las visitas lo que más les gustaba precisamente era que el barco fuera de Bilbao...

CÉSAR.—(*Con un estremecimiento*) ¡Qué horror! Pero ¡qué horror!... ¡Señora! Dese usted cuenta de que este es un barco en un sentido poético. El eterno barco solitario de los soñadores que avanza y avanza por los mares infinitos. ¿Comprende? Toda esta inmensidad es el mar...

LAURA.—¿Eso tan coloradito?

CÉSAR.—¡Sí!

LAURA.—¡Ay, no! Eso sí que no. El mar es azul...

CÉSAR.—(*Indignado*) ¡Eso era antes!

LAURA.—¡César!

CÉSAR.—Quiero decir que el mar es así porque yo lo veo así...

LAURA.—Bueno. Eso será porque no ha estado usted en Alicante...

CÉSAR.—(*Con la mayor dignidad*) ¡Señora! Si Alicante le merece a usted más crédito que yo, hemos terminado...

LAURA.—¡Oh, César!

CÉSAR.—(*Mohíno*) ¿Se ríe usted?

LAURA.—¡Claro!

CÉSAR.—¿Es que no le gusta a usted mi cuadro?

LAURA.—No es eso. Su cuadro me parece muy bonito. Sus ideas son deliciosas, y usted es un verdadero poeta. Pero es usted tan niño, tan niño... Dígame, César. ¿Todos los hombres inteligentes son tan ingenuos como usted?

CÉSAR.—(*Contemplándola. Un poco ruborizado*) ¡Je! No lo sé... ¿Es que de verdad no sabe usted por qué a veces los hombres nos volvemos como niños? (*Transición*) ¡Oh! Perdóneme... ¿Quiere?

*(Se vuelve. Sube al porche. Desaparece en el jardín)*

LAURA.—¡César!

*(Laura sola. Entra Gonzalo por la derecha. Sus ojos se fijan en el cuadro y va a él como fascinado)*

GONZALO.—¡Hombre! Otro cuadrito.

*(Durante un instante lo contempla atentísimo. Casi tiene un estremecimiento)*

¡Laura!

LAURA.—¿Qué?

GONZALO.—¡Este cuadro es una birria!

LAURA.—¡Oh!

GONZALO.—Nunca he visto una casa de campo peor pintada...

LAURA.—Por Dios, querido. No seas ignorante. No es una casa de campo...

GONZALO.—¡Ah! ¿No?

LAURA.—No... Es un barco solitario que navega en alta mar.

GONZALO.—(*Atónito*) Oye. ¿Y cómo lo sabes?

LAURA.—Porque está clarísimo. Fíjate bien... Lo que pasa es que tú careces de toda sensibilidad artística. A ti el único cuadro que de verdad te gusta es ese que conoce todo el mundo y que se llama ¡Y aún dicen que el pescado es caro!

GONZALO.—¡No es cierto! (*Con solemnidad*) También me gusta el cuadro de Las lanzas...

LAURA.—Bueno. Pero ¿por qué? Porque cuando éramos novios íbamos al Museo y te entretenías en contar las lanzas... Pero nunca te salían las mismas. Acuérdate.

GONZALO.—Exageras. Me gustan los cuadros de jardines con muchos niños jugando. Me gustan los paisajes con nieve y un letrerito debajo que dice: Noche de Navidad. Me gustan las marinas con barquitos de vela. Me gusta una barbaridad La maja desnuda...<sup>11</sup>

LAURA.—¡Gonzalo! No seas descarado.

GONZALO.—¡Me gustan los verdaderos cuadros! ¡Ea! Pero no soporto lo que pinta este individuo...

LAURA.—¡Vamos! Confiesa de una vez que César no te es simpático...

GONZALO.—Eso es verdad. ¡Lo detesto!

LAURA.—Pues a mí me resulta encantador...

GONZALO.—¡Ah! ¿Sí? Pues ahora verás...

*(Y, con la mayor presteza y toda la furia posible, se dirige a la pared y empieza a descolgar los cuadros de César. Laura le contempla indignada)*

LAURA.—¡Gonzalo! ¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco?

GONZALO.—Conque loco, ¿eh?

*(Forma un mazo con los cuadros, se lo echa al hombro y sale al jardín)*

LAURA.—¡Gonzalo! ¡Gonzalo!

---

11 *Aún dicen que el pescado es caro* (1894): óleo de Joaquín Sorolla (1863-1923) en el Museo del Prado. *Las lanzas*: nombre popular de La rendición de Breda, cuadro pintado por Diego Velázquez (1599-1660) en 1634; se conserva en el Museo del Prado. *La maja desnuda*: cuadro pintado por Francisco de Goya (1746-1828) entre 1790-1800; también se exhibe en el Prado.

*(Vuelve Gonzalo, sin los cuadros, sacudiéndose las manos y muy satisfecho)*

LAURA.—¡Ea! Se acabó. Estoy harto. ¡No puedo más! Cuadros en el pasillo, en el comedor, en toda la casa. ¡Cuadros en todas partes!

LAURA.—¡Gonzalo! Deberías avergonzarte de ti mismo...

*(Laura se sienta en el sofá. Un pequeño silencio. Gonzalo se acerca y se sienta a su lado)*

GONZALO.—Escucha, Laura. Es que no puedo más, ¿sabes? Llevamos tres días viviendo en esta fantástica situación que tú has creado. Todo esto es peligrosísimo. Aquí, en cualquier momento va a ocurrir una catástrofe...

LAURA.—Te equivocas. Aquí solo ocurre algo maravilloso. Unas cuantas personas que éramos desgraciadas hemos constituido una familia nueva en la que todos somos dichosos. Y tú no puedes quejarte, porque te permitimos estar entre nosotros, aunque no eres de los nuestros...

GONZALO.—Entonces, ¿te parece maravilloso que yo sea un invitado en mi propia casa y que tenga que ocultar ante toda esta gente que tú eres mi mujer?

LAURA.—*(Sonríe)* No me negarás que la situación es bastante original...

GONZALO.—Pero es horrible para mí. Hasta las criadas me han perdido el respeto; como están en el secreto y son tus cómplices, abusan. ¡Laura! ¿No piensas en las consecuencias que puede tener esta locura? Sé razonable. Por lo pronto, el Chico, que es un sinvergüenza, se ha fugado llevándose el reloj de la consola que vale diez mil pesetas. Ese reloj nos lo regaló mi padre el día de nuestra boda... Era un recuerdo de familia.

LAURA.—¡Gonzalo! No seas hipócrita. Todo el mundo está deseando que le roben los recuerdos de familia...

GONZALO.—¡Laura! No sueñes. ¿Es que quieres a toda esa gente más que a mí? Vuelve a la realidad.

LAURA.—*(Con severidad)* ¡No te acerques tanto!

GONZALO.—*(Desconcertado)* ¿Por qué?

LAURA.—Porque si nos viera Marta pensaría mal de nosotros. La pobrecita es muy celosa...

GONZALO.—¡Oh! ¡Claro que es muy celosa! Dímelo a mí.

*(Se levanta con coraje y pasea de aquí para allá)*

¡Y todavía te niegas a reconocer que estamos sobre un volcán! *(Alto)*  
¡Laura!

LAURA.—¡Ay! ¿Qué?

GONZALO.—Yo te prometí que haría todo lo posible para que esa chica dejara de quererme...

LAURA.—Ese es tu deber. Si Marta supiera que has jugado con ella, si supiera que, en tu vida, ella no es más que otra aventura, es posible que llegara a odiarte... Pero no dejaría de quererte. Y sería muy desgraciada, que es lo que yo no quiero. ¿Comprendes? Pero cuando descubra por sí misma que tú no eres ese héroe que ella ha soñado, sino un hombre absolutamente vulgar, como todos, será ella la que deje de quererte... Con un poco de pena, quizá... Pero sin dolor. *(Sonríe)* Es muy sencillo. Es que las mujeres, en el fondo, somos muy poco complicadas.

GONZALO.—Ya, ya. Todo eso está muy bien. *(Con cierto pesar)* Pero, por lo visto, no es tan fácil que las mujeres dejen de quererme...

LAURA.—¿Qué dices?

GONZALO.—Lo que oyes. Que, al parecer, no soy tan vulgar como tú crees. Que debo de tener algo especial, digo yo...

LAURA.—*(Indignadísima)* ¡Gonzalo! ¡No seas cínico!

GONZALO.—¡Laura! Te juro que estoy haciendo todo lo posible para que Marta me odie... La trato con desprecio. Huyo de ella. Desde que estoy aquí ni siquiera le he dado un beso.

LAURA.—¿A eso has llegado?

GONZALO.—¡Sí!

LAURA.—*(Sinceramente)* ¡Pobrecita!

GONZALO.—Pues todo es inútil. Para que te enteres. *(Desconsolado)* Porque lo único que he conseguido con todos mis desdenes es que Marta me quiera más que nunca. ¡Toma! Como que ahora es cuando esta chica está realmente loca por mí...

LAURA.—¡Ay, Dios mío! ¿Es verdad eso?

GONZALO.—¡Huy! Si yo te contara...

LAURA.—Cuéntame...

GONZALO.—¿Con detalles...?

LAURA.—¡No! ¡Con detalles, no!

*(Dentro, se oye la voz de Marta, que llama)*

VOZ DE MARTA.—*(Dentro)* ¡Gonzalo!

LAURA y GONZALO.—¡Oh!



GONZALO.—Por Dios, Laura. No me dejes solo...

*(En la meseta de la escalera aparece Marta. Está nerviosísima)*

MARTA.—¡Ah! ¿Estás ahí? Por fin te encuentro. ¡Frívolo! ¡Cínico! ¡Embustero!

LAURA.—¡Marta! ¿Qué ocurre?

MARTA.—¡Que no puedo más! ¿Me oye usted? ¡No puedo más!

*(Va hacia Laura desconsoladísima)*

¡Laura! Ayúdeme usted. Gonzalo es un sinvergüenza...

LAURA.—*(Muy maternal)* Hija... ¿A mí qué me va a decir?

MARTA.—Usted no sabe cómo se porta conmigo desde que está en esta casa. Es otro. Me huye. Se esconde. ¡Se encierra en el desván para que no lo encuentre! Claro que cuando lo encuentro es peor todavía. Anoche estábamos en el jardín los dos solos. Era una noche deliciosa. El cielo estaba lleno de estrellas. Había luna. Como yo soy tan romántica, todo eso de la luna y las estrellas es que me vuelve loca. De pronto, no pude contenerme y le pedí que me diera un beso. Bueno. Pues se puso hecho una furia y me dijo que no fuera empalagosa...

LAURA.—¡Jesús!

*(Marta se deja caer en un sillón llorando desconsoladísima. Gonzalo, a un lado, distante, tiene un aspecto de mártir conmovedor)*

Pobre, pobrecita... Ea, ea, ea.

MARTA.—¡Decirme a mí empalagosa! Es la primera vez que me lo llama...

GONZALO.—Vamos. Acuérdate. Te lo he dicho más de una vez...

MARTA.—¡Mentira! Antes decías que yo era muy femenina.

GONZALO.—Es lo mismo...

MARTA.—¡Y este es el hombre que me quería con locura! Y este es el hombre que hace cuatro días quería que nos fuéramos juntos a Barcelona para toda la vida. El que me hacía el amor en nuestro rinconcito de El Café de las Flores. El que me juraba que no había querido a ninguna antes que a mí...

LAURA.—Bueno, bueno. *(Un poco picada)* Tanto como a ninguna...

MARTA.—¡A ninguna!

LAURA.—Vamos, mujer. Eso se dice siempre...

MARTA.—¡Le digo a usted que a ninguna!

LAURA.—Marta, hija. No seas egoísta. No sé por qué te empeñas en que te quieran a ti sola...

MARTA.—(*Llora otra vez*) Pero si ya no me quiere... Si todo eso acabó. Si está enamorado de otra... ¡Que lo sé yo muy bien!

(*Laura se vuelve como movida por un resorte*)

LAURA.—¿Cómo? ¿Qué dices?

MARTA.—¡La verdad! Solo la verdad. Ande, ande, pregúntele a él, a ver si se atreve a negarlo...

(*Laura, en pie, avanza hacia Gonzalo*)

LAURA.—¿Es eso cierto? ¿Hay otra mujer? Entonces, todas las promesas de enmienda eran mentira. (*Con mucha emoción*) ¡Todos los juramentos de amor eran falsos! De modo que hay por medio otra mujer. ¡Otra! Pero Dios mío, esto es horrible. ¡Es horrible!

MARTA.—No, si ya sabía yo que se iba usted a llevar un disgusto. Como me ha tomado ese cariño...

LAURA.—¡Otra mujer! ¡Otra más! No es bastante engañar a esta pobre muchacha. ¡Oh! ¡Qué horror! No se puede creer en nada. Todo es mentira, mentira... ¡Siempre mentira!

MARTA.—Sí, señora. Eso digo yo...

LAURA.—¡Tú te callas!

MARTA.—¡Ay, sí, señora!

LAURA.—(*Nerviosísima*) Claro que habrá que conocer a esa mujer. Estoy segura de que será una de tantas... Una mujer fácil. Lo que se dice una cualquiera... ¡Seguro!

MARTA.—¡Ay, no! Eso sí que no...

LAURA.—¿Cómo que no?

MARTA.—Que no, señora, ea. Con ella no tiene usted que meterse...

LAURA.—Pero ¿la vas a defender tú?

MARTA.—¡Naturalmente! Pues no faltaría más...

LAURA.—¡Marta!

MARTA.—Pero, Laura... Si es que esa mujer es usted.

LAURA.—¿Qué? ¿Yo?

(*Laura, abrumada, se deja caer en una silla*)

¿Has dicho que soy yo?

MARTA.—¡Sí! Usted, usted.

LAURA.—¡Dios mío!

*(Se la queda mirando y ríe y llora al mismo tiempo)*

¡Marta! Y me lo dices tú, precisamente tú... ¡Oh, Marta! Si supieras lo que dices...

MARTA.—Tendría que estar ciega para no verlo. Se la come a usted con los ojos. Su nombre no se le cae de los labios. No me habla más que de usted, siempre de usted... Está loco por usted.

LAURA.—¿Tanto?

MARTA.—¡Claro que a usted no la engatusa! De eso me encargo yo...

LAURA.—Mujer... ¿por qué te vas a molestar?

MARTA.—¿Quiere usted callarse? ¿Para qué estoy yo aquí más que para eso?

LAURA.—Si te empeñas...

MARTA.—¡Digo! Ya le daré yo a usted algunas lecciones para que sepa cómo hay que tratarle...

LAURA.—¿Tú crees que me harán falta?

MARTA.—Sí, señora. Porque a los hombres, si no se les conoce en la intimidad, no se les conoce.

LAURA.—Mira... Eso es verdad.

MARTA.—Porque en la intimidad todos los hombres pierden. Son muy poquita cosa. Y este... Este es de los que más pierden.

LAURA.—¡Ay, no! Eso sí que no.

MARTA.—¿Cómo que no?

LAURA.—Que no, hija, que no...

MARTA.—*(Con toda razón)* Pero, Laura, ¿me lo va usted a contar a mí?

LAURA.—*(Casi indignada)* Pero, Marta. ¿Es que crees que eres la única que lo sabe todo?

*(En el porche aparece César cargado con los cuadros, al hombro, tal como se los llevó Gonzalo)*

CÉSAR.—¡Vaya! Me gustaría saber quién ha cometido este atropello...

TODOS.—¡Oh!

CÉSAR.—¡Hola! ¿Ha sido usted?

GONZALO.—¡Sí! Yo... Yo he sido.

CÉSAR.—Debí figurármelo. Pues ha perdido usted el tiempo, señor mío...

*(Y, con toda decisión, coloca otra vez cada cuadro en su sitio y deja el último sobre el sofá. Después se vuelve con aire de triunfo)*

¡Ea! Ya está... Y ahora, ¿quiere usted explicarme por qué se ha permitido esta fechoría?

GONZALO.—*(Con coraje)* Porque estoy harto de sus malditos cuadros. ¡Porque los odio!

LAURA.—*(Asustada)* ¡Gonzalo!

CÉSAR.—*(Extrañadísimo)* ¿He oído bien? ¿Dice que odia mis cuadros?

LAURA.—¡Ay, no! No es eso. Lo que pasa es que a Gonzalo, como no entiende de arte, le gustan más los cuadros del Museo...

GONZALO.—*(Tozudo)* He dicho que odio esos cuadros y lo repito. Cuando los miro fijamente me producen alucinaciones. Por las noches me despierto muerto de miedo porque, en sueños, se me aparecen todos sus cuadros, uno detrás de otro. ¡Todos me horrorizan! Pero el que me hace sufrir es ese...

CÉSAR.—¿Cuál?

GONZALO.—¡Ese...!

*(Y señala un extraño cuadro de símbolos complicadísimos que está visible en la pared del fondo, en cuya composición, entre los más estrafalarios elementos, figura un antifaz negro)*

CÉSAR.—Es curioso... ¡El retrato de Laura!

*(Laura, Marta y Gonzalo, al oírle, se sobresaltan y vuelven la cabeza hacia el cuadro a un tiempo)*

TODOS.—¿Cómo?

LAURA.—¿Mi retrato? ¿Dice usted que ese es mi retrato?

CÉSAR.—Sí...

LAURA.—*(Muy contenta)* Pero, hombre, ¿por qué se lo tenía usted tan callado?

CÉSAR.—Era mi secreto.

*(Laura avanza hacia el retrato y lo contempla atentísimamente)*

LAURA.—Mi retrato. De manera que aquí estoy yo...

CÉSAR.—Sí... Usted.

MARTA.—*(Escéptica)* ¿Lo jura?

CÉSAR.—*(Grave)* ¡Lo juro!

LAURA.—¿Qué significa este antifaz?

CÉSAR.—Su misterio...

GONZALO.—(*Indignado*) Hombre, no diga tonterías. Pero si Laura no tiene ningún misterio. Si es un ángel. (*Entusiasmado*) Si es buenísima. Si...

CÉSAR.—(*Muy enojado*) ¡A callar! ¿Usted qué sabe de Laura?

GONZALO.—¡Oh!

(*Laura, que continúa examinando el retrato, se vuelve muy satisfecha*)

LAURA.—¡Ya está! Ya me veo. ¡Estoy de perfil!

CÉSAR.—No... De frente.

LAURA.—¡Ay, sí! Aquí hay un ojo.

CÉSAR.—Eso es...

LAURA.—¿Dónde está el otro?

CÉSAR.—(*Con orgullo*) Yo nunca pinto más que un ojo.

LAURA.—Hace usted muy bien. Como los dos son iguales...

GONZALO.—¡Qué barbaridad! Pero qué barbaridad. De modo que todo eso que está ahí es Laura... Entonces, si tuviera que pintar mi retrato, ¿cómo me pintaría usted a mí?

CÉSAR.—(*Suspense*) ¿A usted?

GONZALO.—Sí, sí... A mí.

CÉSAR.—¿Que cómo le pintaría a usted?

(*Se le queda mirando fijamente. Con toda su alma*)

¡Feo!

GONZALO.—(*Casi en un salto*) ¡Oiga!

CÉSAR.—¡Sí! Le pintaría a usted feo... Muy feo. (*Con un gozo inmenso*) ¡Pasaría usted a la posteridad como el hombre más feo del mundo!

GONZALO.—(*Indignado*) ¡Qué infamia! Lo que pasa es que usted me ha tomado manía... Eso es.

CÉSAR.—¡Sí! Reconozco que me es usted profundamente antipático...

MARTA.—¡Oh!

LAURA.—Pero, César...

GONZALO.—¡Ah! ¿Sí? ¿Y puedo saber por qué?

CÉSAR.—Porque es usted un intruso. (*Reconcentrado*) ¡Sí! Un intruso. Porque su presencia entre nosotros se me hace intolerable. Porque ha llegado usted el último a esta casa y ya se permite todas las confianzas. Da órdenes a las

criadas, protesta de las comidas, entra y sale por todas partes como si fuera el dueño...

GONZALO.—¡Quia! No es eso. Lo que ocurre es que usted quisiera ser el único huésped de esta casa. ¿Y quiere que le diga por qué? Porque está usted enamorado de Laura...

TODOS.—(Con sobresalto) ¿Qué?

*(Laura y Marta se vuelven rápidamente hacia César. Él baja la cabeza conmovidísimo. Con silencioso coraje)*

CÉSAR.—¡Oh! Esto no se lo perdonaré nunca. ¡Nunca!

*(Sube al porche y sale)*

LAURA.—(Atónita) ¡Gonzalo! ¿Eso es verdad?

GONZALO.—¡Sí!

LAURA.—Pero ¿seguro, seguro?

GONZALO.—¡Segurísimo! Puedes estar tranquila...

LAURA.—(Conmovidísima) ¡Ay, Dios mío!

MARTA.—(Contemplando a Laura con verdadera admiración) Pero Laura... ¿Qué les da usted?

LAURA.—No lo sé, hija. Te aseguro que así, tan seguido, no me ha pasado nunca...

MARTA.—Es fantástico. ¡Pobre César! Cómo se ha emocionado...

*(Sale al jardín en pos de César. Laura avanza hacia Gonzalo)*

LAURA.—¿No me engañas, Gonzalo? ¿De verdad César está enamorado de mí?

GONZALO.—¡Sí!

LAURA.—Oye. ¿Y tú cómo lo sabes todo?

GONZALO.—Porque César me ha hecho confidencias...

LAURA.—¿A ti?

GONZALO.—(Indignado) ¡Claro! Como ignora que soy tu marido... Y como, además, has tenido la desdichada idea de hacernos dormir a los dos en la misma habitación, pues se pasa la noche haciéndome confidencias...

LAURA.—¿Y qué dice de mí? Cuenta, cuenta...

GONZALO.—No sé si debo... Son confidencias de hombre a hombre.

LAURA.—Anda, hombre, cuéntamelo... ¿Le gusto?

GONZALO.—(Lúgubre) Un horror.

LAURA.—(*Dichosa*) Oye, tengo una curiosidad. Una curiosidad muy femenina, como comprenderás. ¿Qué es lo que más le gusta de mí?

GONZALO.—Déjame que recuerde...

LAURA.—A ver, a ver...

GONZALO.—Pues verás... Dice esas cosas que dicen siempre los enamorados. Que si tu pelo, que si tus ojos, que si tus manos... Tonterías. Porque la verdad es que nunca es para tanto.

LAURA.—(*Indignadísima*) ¡Grosero!

GONZALO.—¡Oh!

LAURA.—Conque no es para tanto... Vamos, hombre. ¡Y me lo dices a mí!

GONZALO.—Es que ya no sé lo que digo. ¡Es que me voy a volver loco!

(*Entra Marta por el porche muy satisfecha*)

MARTA.—Ya está. César dice que, en este caso, el marido no tiene importancia...

GONZALO.—(*En pie*) ¿Cómo?

MARTA.—Vamos, venga que le dé la enhorabuena. Porque ahora no me negará usted que César le gustaba a usted muchísimo...

LAURA.—(*Con toda su alma*) ¡Cállate!

MARTA.—(*Transición. Muy bajo*) Laura...

LAURA.—¿Qué sabes tú? ¿Qué sabes tú cómo quiero yo cuando quiero?

MARTA.—(*Sobrecogida*) ¡Laura!

(*Laura sale. Gonzalo y Marta quedan frente a frente. Un silencio. En los ojos de la muchacha hay un interrogante*)

¿Por qué ha dicho eso?

(*Gonzalo la mira, baja los ojos y sale aprisa*)

¡Gonzalo!

(*Se calla. Una pausa. Muy despacio, se sienta en el sofá. Con timidez, asoma César en el porche. Se acerca despacio y se sienta junto a Marta*)

CÉSAR.—¡Je! Por curiosidad... ¿Cree usted que mis pretensiones han caído bien?

MARTA.—(*Mirándole como si estuviera muy lejos*) Sí, sí. Muy bien...

*(En la meseta de la escalera irrumpe Cris alborozada, seguida, casi inmediatamente, del Señor Pepe. La pequeña baja la escalera rapidísimamente)*

CRIS.—¡Don César! ¡Señorita! ¡Que viene el Chico! Lo hemos visto desde la terraza...

PEPE.—¡Cuidado, Cris!

CRIS.—¡Chico! ¡Chico! ¡Chico!

*(La muchacha ha atravesado corriendo la escena y llega hasta el porche. En este momento surge allí el Chico. Viene tan campante. Trae en la mano un paquetito)*

CHICO.—¡Hola! ¿Siguen ustedes bien?

TODOS.—¡Chico!

CHICO.—Servidor, de primera.

CRIS.—*(Con entusiasmo)* ¡Qué fresco eres!

*(El Chico, con todo desparpajo, desenvuelve el paquete. Es el reloj de la consola. Lo deja en la mesita, ante Marta)*

CHICO.—El relojito.

PEPE.—¡Caray!

CHICO.—¡Pche! Que se adelantaba un poquito y lo llevé a componer... Nada más.

*(Se vuelve y mira en torno con mucha dignidad)*

¿O es que ustedes se habían figurado otra cosa?

CRIS.—¡Ay, no! No lo creas...

PEPE.—¡Qué va, hombre! Si no te conociéramos...

CHICO.—¡Ah, bueno!

CRIS.—Oye, chico. ¿Y esto de que vengas y devuelvas el reloj, qué quiere decir?

CHICO.—¡Pche! *(Ruboroso)* Pues que me figuré que a ti te gustaría...

CRIS.—¡Ay! *(Conmovidísima)* ¿De verdad lo has hecho por mí? ¿Es que, por mí, te vas a volver una persona decente?

CHICO.—*(Con un vago pesar)* Si te empeñas. Yo, cuando me enamoro, soy capaz de todo...

CRIS.—*(Emocionadísima)* ¡Chico! ¡Ay, señor Pepe! Lo que puede una pasión...

PEPE.—Sí, hija. Lo veo y no lo creo...



*(Bruscamente, Marta se pone en pie)*

MARTA.—¡César!

*(Todos se vuelven y la miran sorprendidos)*

CÉSAR.—¿Qué ocurre?

MARTA.—Este reloj tiene algo escrito. Aquí, detrás.

CÉSAR.—¿Qué dice?

MARTA.—*(Muy despacio)* Dice: «A Gonzalo y a Laura en el día de su boda...».

TODOS.—¿Qué?

*(Un mudo sobresalto en todos. Una pausa fugaz, pero intensa. César avanza solo hasta primer término)*

CÉSAR.—¿Dice eso? No es posible...

MARTA.—¡Sí! Lo dice.

CÉSAR.—¡Marta!

MARTA.—Luego están casados. Luego Gonzalo es su marido...

TODOS.—¡Su marido!

MARTA.—Pero ¿por qué nos han engañado? ¿Por qué?

*(Se queda mirándolos a todos en un desolador desconsuelo. De pronto, un sollozo)*

CRIS.—Señorita...

MARTA.—¡Déjame!

*(Marta se suelta de Cris y, en silencio, pero sollozando, corre, sube las escaleras y desaparece por la puertecita de la meseta. En escena hay un silencio. César, sentado, esconde un momento la cabeza entre las manos)*

CRIS.—¡Señor Pepe!

PEPE.—¡Je!

CRIS.—Entonces, si don Gonzalo es el marido de la señorita Laura, digo yo que nos tendremos que ir...

PEPE.—¡Je! En eso estaba pensando yo...

CRIS.—¡Claro! Porque la señorita Laura ya no está sola y ya no nos necesita... Nos iremos en seguidita, porque no está bien abusar. *(Una lágrima)* ¡Vaya! A la calle, otra vez.

PEPE.—*(Muy emocionado)* ¿Te quieres callar, chica?

CHICO.—*(Indignado)* ¡Maldita sea! ¡Y que la culpa de todo la tenga mi honradez!

PEPE.—Hombre... No hay que exagerar.

CHICO.—Pero si siempre me pasa igual. Si cuando quiero ser honrado me ocurre algo malo. ¡Si es que la decencia es «gafe»!

CRIS.—¿Te quieres callar, sinvergüenza? Lo que pasa es que todo esto era un sueño que no podía durar. La Cris, la pobre Cris, en medio de estos lujos, con una madre tan buena y tan guapa como la señorita Laura... Vamos, si ni siquiera sé por qué me lo he llegado a creer. ¡Toma! ¿Por qué va a ser? Porque está una rabiando por creerse todo lo bueno, aunque sea imposible. ¡Pobre Cris! Hala, hala, otra vez a la terraza de El Café de las Flores con el «Chester» y el «Lucky» y la lotería, que es lo peor, porque hay que ver lo que cuesta colocar un décimo... *(Se sorbe unas lágrimas)* Oiga, don César. ¿Es que está usted llorando?

CÉSAR.—No... Yo no lloro nunca.

CRIS.—Bueno. Pues habrá sido una pajita que se le ha metido en un ojo...

*(Aparece Marta en la escalera. Trae la maletita que llevaba en el primer acto)*

MARTA.—Buenas noches. Me gustaría que algún día todos nos volviéramos a encontrar...

CRIS.—Señorita...

MARTA.—*(Se seca una lágrima)* Mañana volveré a la tienda. Todo ha sido un sueño. Quisiera decirle a Laura que nunca olvidaré a la gran señora que salvó a una pobre chica una noche en la terraza de El Café de las Flores. Pero no tengo valor. Porque no sé si ahora estaría bien que le diera un beso...

CÉSAR.—Marta... ¿Me permite usted que la acompañe?

MARTA.—Vamos, César...

CÉSAR.—Vamos...

*(César, en silencio, va a las paredes y recoge sus cuadros. Todos menos el retrato de Laura, que queda allí solo. Se pone los lienzos bajo el brazo y sube al porche con Marta)*

CRIS.—*(Tímidamente)* ¡Don César! Me parece que se deja usted algo...

CÉSAR.—No, pequeña. *(Sonríe)* Me lo dejo todo...

*(Salen César y Marta. Quedan solos el Señor Pepe, Cris y el Chico. Se miran algo confusos)*

PEPE.—¡Je!

CRIS.—Bueno... Nosotros también nos vamos.

PEPE.—*(Casi en funciones)* ¡Je! ¿Por Velázquez o por Serrano?

CRIS.—¿Qué más da? Todo es la calle.

*(Salen los tres muy despacito y mohínos por el jardín. La última, Cris. Queda la escena sola por un instante. Entra Laura. Se detiene al ver la estancia vacía y tiene un subconsciente sobresalto)*

LAURA.—¡Cris!

*(Corre hasta el arco de la izquierda)*

¡Cris! ¡Pequeña! ¿Dónde estás?

*(Corre hasta el porche. Mira al jardín. Llama con una irreprimible angustia)*

¡Cris! ¡Señor Pepe! ¡Oh!

*(Entra de nuevo. Descubre el único cuadro que ha dejado César. Se deja caer en un sillón. Se tapa la cara con las manos. Lloro)*

¡Se han ido! ¡Dios mío! Se han ido...

*(Entra Gonzalo)*

GONZALO.—¿Qué pasa? ¿Por qué gritas?

LAURA.—¡Se han ido, Gonzalo!

GONZALO.—¡Que se han ido!

LAURA.—¡Sí! Lo saben, lo han descubierto y se han marchado. ¡Pobres! Otra vez en la calle. Otra vez cada uno en su soledad. Pero, ¿por qué, Dios mío? ¿Por qué no somos capaces de hacer felices a los demás? ¿Es que no se puede soñar?

¿Es que al dolor no se le puede hacer frente con un poco de imaginación? ¿Es que la vida solo puede ser como es: sucia, fea y triste? ¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué no se puede soñar un poco? Un poco siquiera...

GONZALO.—(*Conmovido*) Laura...

*(En el porche aparecen de nuevo, con mucha timidez, Cris, el Señor Pepe y el Chico)*

CRIS.—¿Se puede? Es que se nos ha olvidado despedirnos...

LAURA.—¡Cris!

CRIS.—(*Emocionadísima*) ¡Señorita Laura!

*(Cris corre hacia Laura, se arrodilla a sus pies y se abraza a ella, llorando. El Señor Pepe y el Chico se dirigen a Gonzalo con toda familiaridad)*

PEPE.—¡Je! Yo no quería volver. Pero es que la chica se ha empeñado...

LAURA.—¡No me deje, señorita Laura! ¡Que tengo miedo! ¡Que tengo mucho miedo!

*(Laura la acoge y la besa. Con los ojos brillantes de gozo)*

LAURA.—No, pequeña. No te dejaré. ¿Cómo voy a dejarte? Si tú eres el sueño más bonito. Eres el sueño de una hija que no tengo...

TELÓN





COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**